

QUINTA PARTE

CREYENTES EN UN MUNDO OLVIDADO

Sé lo que sucederá si tomo la decisión equivocada. Debo ser fuerte; no he de quedarme el poder para mí.

Porque he visto lo que sucederá si lo hago.

35



Para trabajar conmigo, había dicho Kelsier, solo os pido que me prometáis una cosa: confiad en mí.

Vin flotaba en la bruma, inmóvil. Fluía a su alrededor como un arroyo silencioso. Arriba, por delante, a los lados y debajo. Todo era bruma a su alrededor.

Confía en mí, Vin, había dicho él. Confiaste lo suficiente para saltar de la muralla y te sostuve. Vas a tener que confiar ahora también.

Te sostendré.

Te sostendré...

Era como si no estuviera en ninguna parte. Entre la bruma, de la bruma. Cómo la envidiaba. No pensaba. No se preocupaba.

No lastimaba.

Confié en ti, Kelsier, pensó. Confié de verdad... pero me dejaste caer. Prometiste que en tus bandas no había traiciones. ¿Y qué es esto? ¿Qué hay de tu traición?

Flotaba, el estaño apagado para ver mejor las brumas. Eran levemente húmedas, frías contra su piel. Como las lágrimas de un hombre muerto.

¿Qué importa ya?, pensó, alzando la cabeza. ¿Qué importa nada? ¿Qué fue lo que me dijiste, Kelsier? ¿Que yo nunca comprendía? ¿Que todavía tenía que aprender lo que era la amistad? ¿Y tú? Ni siquiera te enfrentaste a él.

Lo vio de nuevo en su mente. El lord Legislador lo derribaba con un golpe despectivo. El Superviviente había muerto como cualquier otro hombre.

¿Por eso vacilaste tanto cuando me prometiste que no me abandonarías?

Deseó poder... marcharse. Flotar. Convertirse en bruma. Una vez había deseado la libertad... y luego había supuesto que la había encontrado. Se equivocaba. Eso no era la libertad, esa pena, ese agujero en su interior.

Igual que cuando Reen la abandonó. ¿Cuál era la diferencia? Al menos Reen había sido sincero. Siempre había prometido que se marcharía. Kelsier la había guiado, diciéndole que confiara y amara, pero Reen siempre había sido el sincero.

—Ya no quiero esto —les susurró a las brumas—. ¿No podéis llevarme?

Las brumas no respondieron. Continuaron girando juguetonas, despreocupadas. Siempre cambiantes y, sin embargo, invariables.

—¿Señora? —llamó una voz insegura desde abajo—. Señora, ¿estás ahí?

Vin suspiró, quemando estaño, y luego apagó el acero y se dejó caer. Su capa de bruma aleteó mientras descendía; aterrizó suavemente en el tejado, sobre el refugio. Sazed estaba cerca, junto a la escalerilla de acero que los vigías usaban para subir al terrado del edificio.

—¿Sí, Sazed? —preguntó cansada, y recogió de un tirón las tres monedas que había estado usando como anclaje para estabilizarse, como las patas de un trípode. Una de ellas estaba doblada y torcida: la misma moneda que Kelsier y ella habían usado para competir hacía tantos meses.

—Lo siento, señora —dijo Sazed—. Me preguntaba adónde habías ido, nada más.

Ella se encogió de hombros.

—Es una noche extrañamente tranquila —observó Sazed.

—Una noche de luto.

Cientos de skaa habían sido masacrados después de la muerte de Kelsier y cientos más habían sido aplastados en su prisa por escapar.

—Me pregunto si su muerte ha significado algo —dijo ella en voz baja—. Debimos de salvar a muchos menos de los que luego murieron.

—Asesinados por hombres malvados, señora.

—Ham se pregunta a menudo si existe el «mal».

—A maese Hammond le gusta hacer preguntas —dijo Sazed—, pero ni siquiera él se cuestiona las respuestas. Hay hombres malvados... igual que hay hombres buenos.

Vin sacudió la cabeza.

—Me equivocaba con Kelsier. No era un buen hombre... Era solo un mentiroso. Nunca tuvo un plan para derrotar al lord Legislador.

—Tal vez —dijo Sazed—. O tal vez nunca tuvo una oportunidad de llevar a cabo ese plan. Tal vez es que nosotros no comprendemos el plan.

—Hablas como si todavía creyeras en él. —Vin se volvió y se

acercó al borde del terrado y contempló la noche oscura y silenciosa.

—Creo, señora —dijo Sazed.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes?

Sazed sacudió la cabeza y se acercó a ella.

—La fe no es solo para los bellos momentos y los días felices. ¿Qué es la fe, qué es creer, si no continúas en ella después del fracaso?

Vin frunció el ceño.

—Cualquiera puede creer en alguien, o en algo, que siempre tiene éxito, señora. Pero en el fracaso... Ah, en eso sí que es difícil creer, con certeza y confianza. Es muy difícil tener valor.

Vin negó con la cabeza.

—Kelsier no se lo merece.

—No lo dices en serio, señora. Estás enfadada por lo sucedido. Estás dolida.

—Sí, claro que lo digo en serio —contestó Vin, sintiendo una lágrima en la mejilla—. No se merece nuestra fe. Nunca se la mereció.

—Los skaa no piensan lo mismo... Sus leyendas sobre él crecen rápidamente. Tendré que regresar aquí pronto para recopilarlas.

Vin frunció el ceño.

—¿Vas a recopilar historias sobre Kelsier?

—Naturalmente. Recopilo todas las religiones.

Vin bufó.

—No estamos hablando de ninguna religión, Sazed. Se trata de Kelsier.

—No estoy de acuerdo. Para los skaa es ciertamente una figura

religiosa.

—Pero nosotros lo *conocimos*. No era ningún profeta, ningún dios. Era solo un hombre.

—Muchos de ellos lo son —dijo Sazed tranquilamente.

Vin tan solo sacudió la cabeza. Permanecieron allí un momento, contemplando la noche.

—¿Y los demás? —preguntó ella por fin.

—Están discutiendo qué hacer a continuación —respondió Sazed—. Creo que han decidido dejar Luthadel por separado y buscar refugio en otras ciudades.

—¿Y... tú?

—Debo viajar hacia el norte... hacia mi tierra, el hogar de los guardadores, para compartir el conocimiento que poseo. Debo hablar a mis hermanos y hermanas del libro de viajes... sobre todo de las palabras referidas a nuestro antepasado, el hombre llamado Rashek. Creo que hay mucho que aprender de su historia.

Vaciló, luego la miró.

—No es un viaje que pueda compartir con nadie, señora. Los lugares de los guardadores deben permanecer secretos, incluso para ti.

Por supuesto, pensó Vin. Por supuesto, él se tiene que marchar también.

—Regresaré —prometió.

Pues claro que sí. Como han regresado todos los demás.

La banda la había hecho sentirse necesaria durante una temporada, pero siempre había sabido que aquello se terminaría. Era hora de volver a las calles. Hora de volver a estar sola.

—Señora... —dijo Sazed lentamente—. ¿Oyes eso?

Ella se encogió de hombros. Pero... había algo. Voces. Vin frunció el ceño y se acercó al otro lado del edificio. Las voces se hicieron más fuertes, cada vez más claras incluso sin el estaño. Se asomó.

En la calle había un grupo de hombres skaa, quizás una decena. *¿Una banda de ladrones?*, se preguntó Vin mientras Sazed se reunía con ella. El número de hombres aumentaba a medida que más skaa salían tímidamente de sus viviendas.

—Salid —dijo un skaa, al frente del grupo—. ¡No temáis a la bruma! ¿No se llamó a sí mismo el Superviviente Señor de las Brumas? ¿No dijo que no teníamos nada que temer de ellas? En efecto, nos protegerán, nos darán seguridad. ¡Incluso nos darán poder!

A medida que más y más skaa salían de sus casas sin que hubiera ninguna repercusión obvia, el grupo empezó a aumentar.

—Ve a llamar a los demás —dijo Vin.

—Buena idea —contestó Sazed, yendo rápidamente hacia la escalera.

—Vuestros amigos, vuestros hijos, vuestros padres, vuestras madres, esposas y amantes yacen muertos en la calle ni a media hora de aquí —dijo el skaa, encendiendo una linterna y alzándola—. ¡El lord Legislador ni siquiera tiene la decencia de mandar limpiar esta matanza!

La multitud empezó a murmurar su acuerdo.

—Y aunque se limpie, ¿serán las manos del lord Legislador las que caven las tumbas? ¡No! Serán nuestras manos. Lord Kelsier nos habló de esto.

—¡Lord Kelsier! —convinieron varios hombres. El grupo aumentaba, ahora con mujeres y jóvenes.

Un traqueteo en la escalera anunció la llegada de Ham. Poco después lo siguieron Sazed, luego Brisa, Dockson, Fantasma e incluso Clubs.

—¡Lord Kelsier! —proclamó el hombre de abajo. Otros encendieron antorchas, iluminando las brumas—. ¡Lord Kelsier ha luchado por nosotros hoy! ¡Ha matado a un inquisidor inmortal!

La multitud murmuró su acuerdo.

—¡Pero luego ha muerto! —chilló alguien.

Silencio.

—¿Y qué hemos hecho nosotros para ayudarlo? —preguntó el líder—. Muchos de nosotros estábamos allí... miles de nosotros. ¿Le ayudamos? ¡No! Nos quedamos mirando, aunque luchó por nosotros. Nos quedamos allí como bobos y lo dejamos caer. ¡Lo vimos morir!

»¿O no? ¿Qué dijo el Superviviente...? Que el lord Legislador nunca podría matarlo. ¡Kelsier es el Señor de las Brumas! ¿No está hoy con nosotros?

Vin se volvió hacia los demás. Ham observaba con atención, pero Brisa tan solo se encogió de hombros.

—Ese hombre está loco. Un chalado religioso.

—¡Os lo digo, amigos! —gritó el hombre en la calle. La multitud seguía aumentando y más y más antorchas se encendían—. ¡Os digo la verdad! ¡*Lord Kelsier se me ha aparecido esta misma noche!* Ha dicho que siempre estaría con nosotros. ¿Lo dejaremos tirado otra vez?

—¡No! —fue la respuesta.

Brisa sacudió la cabeza.

—No creía que tuvieran valor. Lástima que sea un grupo tan

pequeño...

—¿Qué es eso? —preguntó Dox.

Vin se volvió con el ceño fruncido. Había un resplandor en la distancia. Como... antorchas, encendidas en las brumas. Otro apareció al este, cerca de un suburbio skaa. Y un tercero. Luego un cuarto. En cuestión de segundos pareció que toda la ciudad brillaba.

—Genio loco... —susurró Dockson.

—¿Qué? —preguntó Clubs, frunciendo el ceño.

—No nos dimos cuenta —dijo Dox—. El atium, el ejército, la nobleza... No era eso lo que Kelsier estaba planeando. ¡*Esto* era su trabajo! Nuestra banda nunca iba a derrocar el Imperio Final... Éramos demasiado pocos. Sin embargo, la población de toda la ciudad...

—¿Estás diciendo que hizo esto a propósito? —preguntó Brisa.

—Siempre me hacía la misma pregunta —intervino Sazed desde atrás—. Siempre preguntaba qué daba a las religiones tanto poder. Y yo siempre le respondía lo mismo... —Sazed los miró, ladeando la cabeza—. Le decía que era porque sus creyentes tenían algo que hacía que sintieran pasión. Algo... o a alguien.

—Pero ¿por qué no nos lo dijo a nosotros? —preguntó Brisa.

—Porque lo sabía —contestó Dox en voz baja—. Sabía que había algo a lo que nunca accederíamos. Sabía que alguien tenía que morir.

Brisa sacudió la cabeza.

—No me lo creo. ¿Por qué entonces perder el tiempo con nosotros? Podría haberlo hecho por su cuenta.

¿Por qué perder el tiempo...?

—Dox —dijo Vin, volviéndose—. ¿Dónde está ese almacén que

alquiló Kelsier, ese donde se reunía con sus informadores?

Dockson vaciló.

—No muy lejos. Dos calles más abajo. Dijo que quería que estuviera cerca del refugio...

—¡Enséñamelo! —dijo Vin, saltando del edificio.

Los skaa congregados seguían gritando, cada grito más fuerte que el anterior. Toda la calle ardía de luz y las fluctuantes antorchas convertían la bruma en una llamarada brillante.

Dockson la condujo calle abajo mientras el resto de la banda los seguía. El almacén era una estructura grande y olvidada que se alzaba en la sección industrial de los skaa. Vin se acercó, avivó peltre y rompió el cerrojo.

La puerta se abrió lentamente. Dockson alzó una linterna y su luz reveló el destello de montones de metal. Armas. Espadas, hachas, bastones y cascos brillaban a la luz... Un increíble alijo plateado.

Todos se quedaron mirando, asombrados.

—Este es el motivo —dijo Vin en voz baja—. Necesitaba que Renoux comprara armas en gran número. Sabía que sus rebeldes las necesitarían si querían apoderarse de la ciudad con éxito.

—¿Por qué reunir entonces a un ejército? —dijo Ham—. ¿Era también una fachada?

—Supongo.

—Os equivocáis —dijo una voz que resonó en el cavernoso almacén—. Había mucho más.

El grupo dio un respingo y Vin avivó sus metales... hasta que reconoció la voz.

—¿Renoux?

Dockson alzó aún más su linterna.

—Muéstrate, criatura.

Una figura se movió al fondo del almacén, permaneciendo en las sombras. Sin embargo, cuando habló, su voz fue inconfundible.

—Necesitaba el ejército para proporcionar a la rebelión un núcleo de hombres entrenados. Esa parte de su plan fue... lastrada por los acontecimientos. Sin embargo, os necesitaba por más motivos. Las casas nobles tenían que caer para dejar un vacío en la estructura política. La Guarnición tenía que salir de la ciudad para que los skaa no fueran masacrados.

—Planeó todo esto desde el principio —dijo asombrado Ham—. Kelsier sabía que los skaa no se levantarían. Habían estado sometidos demasiado tiempo y habían sido condicionados para pensar que el lord Legislador poseía sus cuerpos y sus almas. Comprendía que nunca se rebelarían... a menos que les diera un *nuevo* dios.

—Sí —dijo Renoux, dando un paso al frente. La luz resplandeció en su cara y Vin jadeó de sorpresa.

—¡Kelsier! —gritó.

Ham la agarró por el hombro.

—Cuidado, niña. No es él.

La criatura la miró. Tenía la cara de Kelsier, pero los ojos... eran diferentes. El rostro no tenía la sonrisa característica de Kelsier. Parecía hueca. Muerta.

—Pido disculpas —dijo—. Este iba a ser mi papel en el plan, y es el motivo por el cual Kelsier se puso al principio en contacto conmigo. Yo tenía que tomar sus huesos cuando hubiera muerto y luego aparecer ante sus seguidores para darles fuerza y fe.

—¿Qué eres? —preguntó Vin, horrorizada.

Renoux-Kelsier la miró y su cara titiló, volviéndose transparente. Ella vio sus huesos a través de la piel gelatinosa. Le recordó a...

—*Un espectro de la bruma.*

—Un kandra —corrigió la criatura, mientras su piel perdía su transparencia—. Un espectro de la bruma que ha... crecido, podríamos decir.

Vin se volvió, asqueada, recordando a las criaturas que había visto en la bruma. Carroñeros, había dicho Kelsier... Criaturas que digerían los cuerpos de los muertos, robando su esqueleto y su aspecto. *Las leyendas son más verdaderas de lo que pensaba.*

—También formabais parte de este plan —dijo el kandra—. Todos vosotros. ¿Preguntáis por qué necesitaba una banda? Necesitaba hombres con virtudes, hombres que aprendieran a preocuparse más por la gente que por el dinero. Os puso por delante ejércitos y multitudes, dejando que practicarais el liderazgo. Os estaba utilizando... Pero también os entrenaba.

La criatura miró a Dockson, a Brisa y luego a Ham.

—Burócrata, político, general. Para que nazca una nueva nación, necesitará hombres con vuestros particulares talentos. —El kandra indicó una gran hoja de papel clavada en una mesa cercana—. Son instrucciones para que las sigáis. Yo tengo otras cosas que hacer.

Se dio la vuelta como para marcharse, pero se detuvo junto a Vin, volviéndose hacia ella con su perturbador rostro de Kelsier. Sin embargo, la criatura en sí no era como Renoux o Kelsier. Parecía falta de pasión.

El kandra alzó una bolsita.

—Me pidió que te diera esto.

Dejó caer la bolsa en su mano y continuó su camino, mientras el

resto del grupo se apartaba dejándole espacio de sobra para salir.

Brisa llegó primero a la mesa, pero Ham y Dockson fueron más rápidos. Vin miró la bolsa. Tenía miedo de ver lo que contenía. Se apresuró a reunirse con los demás.

La hoja de papel era un mapa de la ciudad, al parecer copiado del que había enviado Marsh. Decía:

Amigos míos, tenéis mucho trabajo que hacer y debéis hacerlo con rapidez. Tenéis que organizar y distribuir las armas de este almacén y luego tenéis que hacer lo mismo con las de los otros dos que hay emplazados en los otros suburbios. Hay caballos en una cuadra contigua para facilitaros el viaje.

Cuando repartáis las armas, debéis asegurar las puertas de la ciudad y someter a los miembros restantes de la Guarnición. Brisa, tu equipo se encargará de eso: marchad primero contra la Guarnición, para poder tomar las puertas sin dificultades.

Dockson, quédate en la retaguardia mientras se producen los ataques iniciales. Más y más skaa vendrán a los almacenes cuando se corra la voz. Los ejércitos de Brisa y Ham incluirán las tropas que hemos entrenado, además de nuevas incorporaciones, espero, de los skaa que se aglomeran en las calles. Necesitaréis aseguráros de que los skaa reciben sus armas para que Clubs pueda liderar el asalto al palacio.

Las comisarías de aplacadores ya deberían haber desaparecido: Renoux dio la orden adecuada a nuestros equipos de asesinos antes de venir a traeros esto. Si tenéis tiempo, enviad a algunos de los violentos de Ham a comprobarlo. Brisa, tus propios aplacadores serán necesarios entre los skaa para animar su valentía.

Creo que eso es todo. Ha sido un trabajo divertido, ¿no? Cuando me recordéis, por favor, acordaos de esto. Acordaos de sonreír. Ahora, actuad rápido.

Y que gobernéis con sabiduría.

En el mapa la ciudad estaba dividida en diversas zonas marcadas con los nombres de los miembros de la banda. Vin vio que ella y Sazed no habían sido incluidos.

—Volveré con ese grupo que hemos dejado junto a nuestra casa —dijo Clubs con decisión—. Los traeré aquí para entregarles las armas.

Empezó a marcharse, cojeando.

—¿Clubs? —preguntó Ham, volviéndose—. No es por ofender, pero... ¿por qué te ha incluido como líder del ejército? ¿Qué sabes tú de guerras?

Clubs hizo una mueca, luego se alzó la pernera, mostrando la larga cicatriz serpenteante que corría por el interior de su muslo y su pantorrilla: obviamente, la fuente de su cojera.

—¿Dónde crees que me hice esto? —respondió, y se dispuso a marcharse.

Ham se volvió, maravillado.

—No puedo creer que esto esté pasando.

Brisa sacudió la cabeza.

—Y yo que pensaba que sabía algo de manipular a la gente. Esto... esto es sorprendente. La economía está al borde del colapso y la nobleza que sobreviva pronto estará en guerra abierta en el campo. Kell nos enseñó a matar inquisidores... Solo tenemos que derribar a los demás y decapitarlos. Y en cuanto al lord Legislador...

Todos se volvieron hacia Vin. Ella miró la bolsita que tenía en la mano y la abrió. Un saco más pequeño, obviamente lleno de perlas de atium, cayó en su palma. Lo siguió una barrita de metal envuelta en una hoja de papel. El Undécimo metal.

Ella desenvolvió el papel y leyó lo que decía:

Vin, tu deber esta noche iba a ser en un principio asesinar a los altos nobles que quedaran en la ciudad. Pero, bueno, me convenciste de que tal vez deban vivir.

Nunca pude averiguar cómo funciona este maldito metal. Es seguro quemarlo (no te matará), pero no parece que sirva para nada útil. Si estás leyendo esto, entonces no conseguí descubrir cómo usarlo cuando me enfrenté al lord Legislador. No creo que importe. La gente necesitaba algo en lo que creer y esta era la única forma de ofrecérselo.

Por favor, no te enfades conmigo por abandonaros. Me dieron una prórroga en la vida. Tendría que haber muerto en lugar de Mare hace años. Estaba preparado para esto.

Los otros seguirán necesitándote. Ahora eres su nacida de la bruma: tendrás que protegerlos en los meses venideros. La nobleza enviará asesinos contra nuestros esquivos gobernantes.

Adiós. Le hablaré a Mare de ti. Ella siempre quiso tener una hija.

—¿Qué dice, Vin? —preguntó Ham.

—Dice... dice que no sabe cómo funciona el Undécimo metal. Lo lamenta... No estaba seguro de cómo derrotar al lord Legislador.

—Tenemos una ciudad entera llena de gente para combatirlo —dijo Dox—. Dudo seriamente que pueda matarnos a todos: si no podemos destruirlo, lo ataremos y lo arrojaremos a un calabozo.

Los demás asintieron.

—¡Muy bien! —dijo Dockson—. Brisa y Ham, tenéis que ir a esos otros almacenes y empezar a repartir armas. Fantasma, ve por los aprendices: los necesitaremos para transmitir mensajes. ¡Vamos!

Todos se pusieron en marcha. Pronto, los skaa que habían visto antes irrumpieron en el almacén empuñando sus antorchas y contemplaron asombrados la abundancia de armas. Dockson trabajó con eficacia, ordenó a algunos de los recién llegados que se encargaran de repartirlas y envió a otros a reunir a sus amigos y familiares. Los hombres empezaron a ponerse en cola y a recoger armas. Todos estaban atareados, menos Vin.

Miró a Sazed, que le sonrió.

—A veces solo tenemos que esperar el tiempo suficiente, señora —dijo—. Luego descubrimos por qué exactamente seguimos creyendo. Hay un dicho al que maese Kelsier era muy aficionado.

—Siempre hay otro secreto —susurró Vin—. Pero, Sazed, todo el mundo tiene algo que hacer excepto yo. Se suponía que debía

asesinar a los nobles, pero Kelsier ya no quiere que me encargue de eso.

—Tienen que ser neutralizados —dijo Sazed—, pero no necesariamente asesinados. Tal vez tu misión solo consista en hacerle entender eso a Kelsier.

Vin negó con la cabeza.

—No. Tengo que hacer más, Sazed.

Agarró la bolsa vacía, frustrada. Algo crujió en su interior.

Abrió la bolsa y advirtió un papelito que no había visto antes. Lo sacó y lo desdobló con delicadeza. Era el dibujo que Kelsier le había enseñado: el dibujo de una flor. Mare siempre lo había llevado consigo, soñando con un futuro en el que el sol no fuera rojo y las plantas crecieran...

Vin alzó la cabeza.

Burócrata, político, soldado... Hay algo más que necesita todo reino.

Un buen asesino.

Se dio la vuelta, sacó un frasquito de metal y se bebió su contenido, usando el líquido para tragar un par de perlas de atium. Se acercó al montón de armas y escogió un puñadito de flechas. Tenían la punta de piedra. Empezó a romperlas dejándoles unos centímetros de madera, descartando los astiles.

—¿Señora? —preguntó Sazed con preocupación.

Vin no le hizo caso y continuó buscando entre las armas. Encontró lo que quería: una cota de malla. Soltó varios eslabones grandes de metal con una daga y sus dedos reforzados por el peltre.

—Señora, ¿qué estás haciendo?

Vin se acercó a un arcón que había junto a la mesa, dentro del

cual había visto gran cantidad de metales en polvo. Llenó su bolsa con varios puñados de polvo de peltre.

—Me preocupa el lord Legislador —dijo, sacando una lima de la caja y arrancando con ella varias virutas del Undécimo metal. Se detuvo, mirando el desconocido metal plateado, y luego se tragó las virutas con el contenido de su frasquito. Metió un par más en uno de sus frascos de reserva.

—Seguro que la rebelión puede encargarse de él —dijo Sazed—. No es tan fuerte sin todos sus criados.

—Te equivocas —respondió Vin, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—. Es fuerte, Sazed. Kelsier no podía sentirlo, no como puedo yo. No lo sabía.

—¿Adónde vas? —preguntó Sazed, tras ella.

Vin se detuvo en la puerta, se volvió; la bruma se arremolinó a su alrededor.

—Dentro del complejo del palacio hay una cámara protegida por soldados e inquisidores. Kelsier trató de entrar en ella dos veces. — Se volvió hacia las oscuras brumas—. Esta noche voy a averiguar qué contiene.

He decidido que tengo que dar gracias al odio de Rashek. Me hace bien recordar que hay quienes me aborrecen. No es mi deber buscar popularidad ni amor, sino asegurar la supervivencia de la humanidad.



Vin caminó tranquilamente hacia Kredik Shaw. El cielo ardía tras ella, las brumas reflejaban y difuminaban la luz de un millar de antorchas. Era como una cúpula radiante sobre la ciudad.

La luz era amarilla, el color del que, según Kelsier, tendría que haber sido siempre el sol.

Cuatro nerviosos guardias esperaban en la misma puerta de entrada al palacio por donde Kelsier y ella habían atacado antes. La vieron acercarse. Vin avanzaba despacio, tranquila, por el empedrado húmedo por la bruma, su capa agitándose solemne.

Uno de los guardias la apuntó con su lanza, y Vin se detuvo ante él.

—Os conozco —dijo en voz baja—. Soportasteis las fábricas, las minas y las fraguas. Sabíais que algún día os matarían y vuestras familias morirían de hambre. Así que acudisteis al lord Legislador, sintiéndoo culpables pero decididos, y os unisteis a su guardia.

Los cuatro hombres se miraron, confundidos.

—La luz que hay detrás de mí procede de una enorme rebelión skaa —dijo ella—. Toda la ciudad se alza contra el lord Legislador. No os echo la culpa por vuestras decisiones, pero se avecina una

época de cambios. Esos rebeldes podrían usar vuestra formación y vuestro conocimiento. Id con ellos: se reúnen en la plaza del Superviviente.

—¿La... plaza del Superviviente? —preguntó un soldado.

—El lugar donde el Superviviente de Hathsin ha sido asesinado esta tarde.

La incertidumbre de los cuatro hombres aumentó.

Vin encendió levemente sus emociones.

—No tenéis que seguir viviendo con la culpa.

Finalmente, uno de los hombres se arrancó el símbolo del uniforme y avanzó decidido hacia la noche. Los otros tres vacilaron, luego lo siguieron, dejando a Vin con una entrada abierta al palacio.

Ella recorrió el pasillo, dejando atrás la misma sala de guardia que antes. Entró, pasó, sin hacer daño a ninguno, entre un grupo de guardias que charlaban y enfiló el siguiente pasillo. Cuando los guardias reaccionaron, dieron la voz de alarma y entraron corriendo en el pasillo, pero Vin saltó y empujó contra los soportes de las linternas, lanzándose hacia delante.

Las voces de los hombres se alejaron: ni siquiera corriendo podían alcanzarla. Llegó al fondo del pasillo y se dejó caer al suelo, la capa alrededor del cuerpo. Continuó con paso resuelto y sin prisa. No había ningún motivo para correr. La estarían esperando, de todas formas.

Pasó bajo el arco para entrar en la cámara central abovedada. Murales plateados cubrían las paredes, los braseros ardían en los rincones y el suelo era de mármol negro.

Y dos inquisidores le bloqueaban el paso.

Vin entró en la habitación, acercándose al edificio dentro del

edificio que era su objetivo.

—Hemos buscado constantemente —dijo un inquisidor con su voz rechinante—. Y vienes a nosotros. Por segunda vez.

Vin se detuvo, a unos veinte pasos de la pareja. Cada uno de ellos era casi medio metro más alto que ella y ambos sonreían confiados.

Vin quemó atium, luego sacó las manos de debajo de la capa y lanzó al aire un doble puñado de puntas de flecha. Avivó acero, empujando con fuerza los anillos de metal que envolvían los astiles rotos de las flechas. Los proyectiles salieron disparados hacia delante, cruzando la sala. El inquisidor principal se echó a reír, alzó una mano y empujó despectivo.

Su empujón soltó los anillos de los astiles, disparando hacia atrás los trozos de metal. Sin embargo, las puntas de flecha continuaron hacia delante, todavía transportadas por un impulso letal.

El inquisidor abrió sorprendido la boca mientras dos docenas de puntas de flecha lo golpeaban. Varias le atravesaron de parte a parte y se clavaron en la pared de piedra que tenía detrás. Otras alcanzaron a su compañero en las piernas.

El inquisidor jefe se sacudió, entre espasmos, mientras caía. El otro gruñó, todavía de pie, pero tambaleándose un poco por la pierna herida. Vin se abalanzó avivando su peltre. El inquisidor se dispuso a bloquearla, pero ella buscó bajo su capa y arrojó un gran puñado de polvo de peltre.

El inquisidor se detuvo, confundido. A sus «ojos» no veía más que una mezcla de líneas azules, cada una guiando una mota de metal. Con tantas fuentes de metal concentradas en un sitio, las líneas tenían que ser virtualmente cegadoras.

El inquisidor giró, furioso, mientras Vin pasaba de largo. Empujó el polvo, expulsándolo, pero mientras lo hacía Vin sacó una daga de cristal y se la lanzó. En la confusión de líneas azules y sombras de atium él no advirtió la daga y la recibió en pleno pecho. Cayó, maldiciendo con su voz cascada.

Menos mal que ha funcionado, pensó Vin, saltando por encima del cuerpo gimoteante del primer inquisidor. *No estaba segura con esos ojos que tienen.*

Lanzó su cuerpo contra la puerta, avivando peltre y arrojando otro puñado de polvo para impedir que el otro inquisidor captara los metales que llevaba encima. No se volvió para seguir combatiendo con ninguno de los dos, no con los problemas que una de las criaturas le había creado a Kelsier. Su objetivo en esa incursión no era matar, sino recopilar información y huir.

Vin irrumpió en el edificio dentro del edificio, casi tropezando con una alfombra de alguna piel exótica. Frunció el ceño, escrutando impaciente la cámara, buscando lo que quiera que el lord Legislador guardara en su interior.

Tiene que estar aquí, pensó desesperada. *La clave para derrotarlo... La forma de ganar esta batalla.* Contaba con que los inquisidores estarían distraídos con sus heridas el tiempo suficiente para encontrar el secreto del lord Legislador y escapar.

La habitación solo tenía una salida, la entrada que había usado, y en el centro ardía una chimenea. Las paredes estaban decoradas con extraños tapices; colgaban pieles de casi todas partes, teñidas de extraños colores. Había unos cuantos cuadros muy antiguos, los colores desleídos, los lienzos amarillentos.

Vin buscó rápida, urgentemente, cualquier cosa que pudiera

demostrar ser un arma contra el lord Legislador. Por desgracia, no vio nada útil: la habitación era extraña, pero nada extraordinaria. De hecho, era tan acogedora como un estudio o un despacho. Estaba llena de raros objetos y adornos, como los cuernos de alguna bestia desconocida y un extraño par de zapatos con suelas muy anchas y planas. Era la habitación de un coleccionista, un lugar para guardar recuerdos del pasado.

Dio un respingo cuando algo se movió cerca del centro de la cámara. Había un sillón giratorio junto a la chimenea. Dio la vuelta despacio, revelando al viejo arrugado que lo ocupaba. Calvo, con la piel manchada, parecía tener setenta y tantos años. Vestía ropa cara y oscura, y miró airado a Vin.

Ya está, pensó ella. He fracasado. Aquí no hay nada. Hora de escapar.

Sin embargo, justo cuando iba a darse la vuelta para echar a correr, unas ásperas manos la agarraron por detrás. Vin maldijo, debatiéndose mientras veía la pierna ensangrentada del inquisidor. Incluso con peltre, no debería haber podido caminar con aquella pierna. Trató de zafarse, pero la criatura no soltó su presa.

—¿Qué ocurre? —exigió saber el anciano, poniéndose en pie.

—Lo siento, lord Legislador —dijo deferente el inquisidor.

¡Lord Legislador! Pero... lo vi. Era un hombre joven.

—Mátala —dijo el anciano, agitando la mano.

—Mi señor —contestó el inquisidor—. Esta muchacha es... de interés especial. ¿Puedo quedármela algún tiempo?

—¿Qué interés especial tiene? —preguntó el lord Legislador, suspirando mientras volvía a sentarse.

—Deseamos pedírtelo, lord Legislador, en referencia al Cantón de

la Ortodoxia.

—¿Otra vez eso? —dijo el lord Legislador, cansado.

—Por favor, mi señor —dijo el inquisidor.

Vin seguía debatiéndose, avivando peltre. Sin embargo, el inquisidor le mantenía sujetos los brazos contra los costados y sus patadas hacia atrás hacían muy poca cosa. *¡Es tan fuerte!*, pensó llena de frustración.

Y entonces lo recordó: el Undécimo metal, cuyo poder esperaba en su interior, formando una reserva desconocida. Alzó la cabeza, mirando al anciano. *Será mejor que esto funcione*. Quemó el Undécimo metal. No sucedió nada.

Vin se debatió, frustrada, el corazón en un puño. Y, entonces, lo vio. Otro hombre, justo al lado del lord Legislador. ¿De dónde había salido? No lo había visto entrar.

Tenía barba y llevaba un grueso atuendo de lana con una capa forrada de piel de colores poco llamativos, pero bien cortada. Permanecía de pie en silencio y parecía... contento. Sonreía feliz.

Vin ladeó la cabeza. Había algo familiar en aquel individuo. Sus rasgos eran muy similares a los del hombre que había matado a Kelsier. Sin embargo, aquel hombre era mayor y... estaba vivo.

Vin se volvió hacia un lado. Había otro hombre desconocido junto a ella, un joven noble. Por el aspecto de su ropa era un mercader... y muy rico, además.

¿Qué está pasando?

El Undécimo metal se consumió. Ambos recién llegados se desvanecieron como fantasmas.

—Muy bien —dijo el viejo lord Legislador, suspirando—. Accedo a

tu petición. Nos veremos dentro de varias horas... Tevidian ya ha solicitado una reunión para discutir lo que ocurre ahí fuera.

—Ah —dijo el segundo inquisidor—. Sí... será bueno para él estar allí. Muy bueno.

Vin continuó debatiéndose mientras el inquisidor la arrojaba al suelo y luego alzaba la mano para hacerse con algo que ella no pudo ver. Lo blandió y el dolor estalló en su cabeza.

A pesar del peltre, todo se volvió negro.

Elend encontró a su padre en la puerta norte, una entrada más pequeña y menos llamativa que la del Torreón de Venture, aunque solo en comparación con el majestuoso gran salón.

—¿Qué está pasando? —preguntó Elend, poniéndose su casaca, el pelo revuelto por el sueño.

Lord Venture estaba reunido con sus capitanes y encargados del canal. Soldados y sirvientes corrían por el pasillo marrón y blanco, atemorizados. Lord Venture ignoró la pregunta de Elend y ordenó a un mensajero que cabalgara hacia los muelles del este.

—Padre, ¿qué está pasando? —repitió Elend.

—Una rebelión de skaa —replicó lord Venture.

¿Qué?, pensó Elend mientras lord Venture indicaba a otro grupo de soldados que se acercara. Una rebelión skaa en la propia Luthadel... era impensable. No tenían la disposición para intentar un movimiento tan arriesgado, eran solo...

Valette es una skaa, pensó. Tienes que dejar de pensar como los otros nobles, Elend. Tienes que abrir los ojos.

La Guarnición estaba fuera, masacrando a un grupo distinto de

rebeldes. Los skaa habían sido obligados a contemplar aquellas horribles ejecuciones de hacía unas semanas, por no mencionar la matanza que había tenido lugar aquel mismo día. Habían sido tensados hasta el punto de ruptura.

Temadre predijo esto, advirtió Elend. Igual que otra media docena de teóricos políticos. Dijeron que el Imperio Final no podía durar eternamente. Con Dios a la cabeza o no, el pueblo se alzaría algún día... Está pasando por fin. ¡Lo estoy viviendo!

Y... estoy en el bando equivocado.

—¿Para qué los encargados del canal? —preguntó Elend.

—Nos marchamos de la ciudad —contestó llanamente lord Venture.

—¿Abandonamos el torreón? —preguntó Elend—. ¿Qué honor hay en eso?

Lord Venture bufó.

—Esto no es una cuestión de valentía, muchacho. Es una cuestión de supervivencia. Esos skaa atacan las puertas principales y están masacrando a los restos de la Guarnición. No tengo ninguna intención de esperar a que vengan por las cabezas nobles.

—Pero...

Lord Venture negó con un gesto.

—Nos marchamos de todas formas. Algo... sucedió en los Pozos hace unos cuantos días. El lord Legislador no se sentirá feliz cuando lo descubra. —Dio un paso atrás y llamó al jefe de los capitanes de sus barcos.

Una rebelión skaa, pensó Elend, todavía un poco aturdido. ¿Cuál era la advertencia de Temadre en sus escritos? Que, cuando finalmente se produjera una rebelión, los skaa matarían

indiscriminadamente... Que la vida de todos los nobles correría peligro.

Predijo que la rebelión acabaría pronto, pero que dejaría montañas de cadáveres en su estela. Miles de muertos. Docenas de miles.

—¿Bien, muchacho? Ve a recoger tus cosas —exigió lord Venture.

—Yo no voy. —Elend se sorprendió a sí mismo al decirlo.

Lord Venture frunció el ceño.

—¿Cómo?

Elend le sostuvo la mirada.

—Que no voy, padre.

—Ya lo creo que vas —replicó lord Venture, mirando a Elend con aquellos ojos furiosos, no porque le preocupara la seguridad de su hijo, sino porque este se atrevía a desafiarlo. Y, curiosamente, Elend no se sintió acobardado en lo más mínimo.

Alguien tiene que detener esto. La rebelión podría hacer algún bien, pero solo si los skaa no insisten en matar a sus aliados. Y eso es lo que deberían ser los nobles: sus aliados contra el lord Legislador. También es nuestro enemigo.

—Padre, hablo en serio. Voy a quedarme.

—¡Maldición, muchacho! ¿Tienes que insistir en burlarte de mí?

—Esto no es una cuestión de bailes ni de cenas, padre. Es algo más importante.

Lord Venture vaciló.

—¿Ningún comentario cínico? ¿Ninguna bufonada?

Elend negó con la cabeza.

De repente, lord Venture sonrió.

—Quédate entonces, muchacho. Es buena idea. Alguien debería mantener nuestra presencia mientras yo voy a convocar a nuestras fuerzas. Sí... una idea muy buena.

Elend vaciló, frunciendo levemente el ceño por la sonrisa que asomaba a los ojos de su padre. *El atium... ¡Mi padre me deja para que caiga en su lugar! Y aunque el lord Legislador no me mate, mi padre asume que moriré en la rebelión. Sea como sea, se libra de mí.*

No soy muy bueno en esto, ¿verdad?

Lord Venture se rio para sí, dándose la vuelta.

—Al menos déjame algunos soldados —dijo Elend.

—Puedes quedarte con la mayoría —respondió lord Venture—. Ya será bastante difícil poner un barco a flote con este jaleo. Buena suerte, muchacho. Saluda al lord Legislador en mi ausencia.

Volvió a reírse mientras se acercaba a su caballo, que estaba ensillado y preparado fuera.

Elend se quedó en el vestíbulo y, de repente, fue el centro de atención. Nerviosos guardias y criados, advirtiendo que habían sido abandonados, se volvieron hacia Elend con ojos desesperados.

Yo... estoy al mando, pensó Elend con horror. *¿Y ahora qué?* Fuera veía las brumas encendiéndose con las luces de los incendios. Algunos guardias alertaban de que se acercaba una turba de skaa.

Elend se acercó a la puerta abierta y contempló el caos. El vestíbulo permaneció en silencio tras él, mientras la gente aterrorizada advertía la magnitud del peligro que corría.

Elend se quedó observando largamente. Luego se dio media vuelta.

—¡Capitán! —dijo—. Reúne a tus fuerzas y a los criados restantes. No dejes a nadie atrás, y luego marchad hacia el Torreón de Lekal.

—¿El Torreón... de Lekal, mi señor?

—Es más defendible. Además, tenemos muy pocos soldados; por separado, seremos destruidos. Juntos, puede que logremos resistir. Ofreceremos nuestros hombres a los Lekal a cambio de proteger a nuestra gente.

—Pero... mi señor —dijo el soldado—. Los Lekal son nuestros enemigos.

Elend asintió.

—Sí, pero alguien tiene que hacer el primer movimiento. ¡Ahora, en marcha!

El hombre saludó y echó a correr.

—Ah, capitán, y otra cosa.

El soldado se detuvo.

—Escoge a cinco de tus mejores soldados para que sean mi guardia de honor. Te dejo al mando. Esos cinco y yo tenemos otra misión.

—¿Mi señor? —preguntó confundido el capitán—. ¿Qué misión?

Elend se volvió hacia las brumas.

—Vamos a entregarnos.

Vin despertó mojada. Tosió, luego gimió al sentir un agudo dolor en la nuca. Abrió aturdida los ojos, parpadeando para espantar el agua que le habían arrojado encima y, de inmediato, quemó peltre y estaño para despertar por completo.

Un par de burdas manos la alzaron en vilo. Ella tosió mientras el inquisidor le metía algo en la boca.

—Traga —ordenó, retorciéndole el brazo.

Vin gritó, tratando sin éxito de resistirse al dolor. Al final tuvo que ceder y tragó el trocito de metal.

—Ahora quémalo —ordenó el inquisidor, retorciendo con más fuerza.

Vin se resistió de todas formas, sintiendo la desconocida reserva de metal en su interior. El inquisidor podía estar intentando hacer que quemara un metal inútil que la hiciera enfermar... O peor, que pudiera matarla.

Pero hay formas más fáciles de matar a una prisionera, pensó en medio de la agonía. Le dolía tanto el brazo que parecía que se le iba a desprender del cuerpo. Finalmente, Vin cedió y quemó el metal.

De inmediato, todas sus otras reservas de metal desaparecieron.

—Bien —dijo el inquisidor, dejándola caer al suelo.

Las piedras estaban mojadas, llenas de charcos por el cubo de agua que le habían echado encima. El inquisidor se dio media vuelta, dejando la celda y cerrando de golpe su puerta con barrotes: luego desapareció por un pasillo.

Vin se puso de rodillas, frotándose el brazo, tratando de comprender lo que estaba pasando. *¡Mis metales!* Buscó desesperadamente en su interior, pero no encontró nada. No podía sentir ningún metal, ni siquiera el que había ingerido momentos antes.

¿Qué era eso? ¿Un duodécimo metal? Tal vez la alomancia no era tan limitada como Kelsier y los demás le habían asegurado siempre.

Inspiró varias veces, se puso de rodillas, se calmó. Había algo... que empujaba contra ella. La presencia del lord Legislador. Podía sentirla, aunque no era tan poderosa como antes, cuando había matado a Kelsier. Con todo, ella no tenía cobre que quemar, no tenía forma de ocultarse de la poderosa y casi omnipotente mano del lord Legislador. Sintió la depresión retorciéndose en su interior, diciéndole que se tumbara, que se rindiera...

¡No!, pensó. Tengo que librarme. Tengo que ser fuerte.

Se obligó a ponerse en pie e inspeccionar el lugar en el que se encontraba. La prisión era más una jaula que una celda. Tres de los cuatro lados eran de barrotes y no contenía ningún mueble, ni siquiera un jergón. Había otras dos jaulas cerca, una a cada lado.

La habían desnudado, dejándola solo en ropa interior, quizá para asegurarse de que no tuviera ningún metal oculto. Contempló la celda. Era larga y estrecha, con una pared de piedra pelada. En un rincón había un taburete, pero, por lo demás, estaba vacía.

Si pudiera encontrar un trocito de metal...

Empezó a buscar. Instintivamente, trató de quemar hierro, esperando que aparecieran las líneas azules... pero, por supuesto, no tenía hierro que quemar. Sacudió la cabeza. Aquel gesto estúpido no era más que una señal de cuánto había llegado a confiar en su alomancia. Se sentía... ciega. No podía quemar estaño para escuchar voces. No podía quemar peltre para reforzarse contra el dolor de su brazo y su cabeza. No podía quemar bronce para buscar alománticos cercanos.

Nada. No tenía nada.

Funcionabas sin alomancia antes, se dijo con severidad. Puedes hacerlo también ahora.

A pesar de todo buscó en el suelo pelado de la celda, esperando hallar un clavo o un alfiler perdido. No encontró nada, así que volvió su atención a los barrotes. Sin embargo, no se le ocurrió un modo de sacar ni siquiera una viruta de hierro.

Tanto metal, pensó frustrada. ¡Y no puedo usarlo!

Se sentó en el suelo, encogida contra la pared de piedra, temblando por la ropa húmeda. Todavía estaba oscuro en el exterior: la ventana permitía entrar unos cuantos hilillos de bruma. ¿Qué había pasado con la rebelión? ¿Qué había sido de sus amigos? Le pareció que las brumas de fuera eran un poco más brillantes que de costumbre. ¿Antorchas en la noche? Sin estaño, sus sentidos estaban demasiado débiles para saberlo.

¿En qué estaba yo pensando?, se reprochó, desesperada. ¿Pretendía tener éxito allá donde Kelsier fracasó? Sabía que el Undécimo metal era inútil.

Cierto, había hecho algo... pero desde luego no había matado al lord Legislador. Permaneció sentada, pensando, tratando de descubrir qué había sucedido. Había una extraña familiaridad en las cosas que le había mostrado el Undécimo metal. No por la forma en que habían aparecido las visiones, sino por cómo se había sentido Vin cuando quemaba el metal.

Oro. El momento en que quemé el Undécimo metal fue como aquella vez en que Kelsier me hizo quemar oro.

¿Podría ser que el Undécimo metal no fuese realmente el «undécimo»? El oro y el atium siempre le habían parecido extrañamente similares a Vin. Todos los otros metales venían en parejas: un metal básico, luego su aleación, cada uno haciendo

cosas opuestas. El hierro tiraba, el acero empujaba. El cinc tiraba, el latón empujaba. Tenía sentido. Todo menos el atium y el oro.

¿Y si el Undécimo metal era en realidad una aleación de atium o de oro? *Eso significaría... que el oro y el atium hacen dos cosas diferentes. Son similares, pero diferentes. Son como...*

Como los otros metales, que se agrupaban de cuatro en cuatro. Estaban los metales físicos: hierro, acero, estaño y peltre. Los metales mentales: bronce, cobre, cinc y latón. Y... los metales que influían en el tiempo: el oro y su aleación, el atium y su aleación.

Eso significa que hay otro metal. Un metal que no ha sido descubierto... quizá porque el atium y el oro son demasiado valiosos para mezclarlos en diferentes aleaciones.

Pero ¿de qué le servía saberlo? Su «Undécimo metal» debía de ser la pareja opuesta al oro, el metal que Kelsier le había dicho que era el más inútil de todos. El oro le había mostrado a la propia Vin... o al menos una versión diferente de ella que le había parecido lo bastante real para tocarla. Pero había sido una visión de lo que podría haber sido si el pasado hubiera sido diferente.

El Undécimo metal había hecho algo similar: en vez de mostrar el propio pasado de Vin, le había mostrado imágenes similares de otra gente. Y eso no le decía nada. ¿Qué diferencia había en lo que el lord Legislador pudiera haber sido? Era al hombre actual, el tirano que gobernaba el Imperio Final, a quien ella tenía que derrotar.

Una figura apareció en la puerta, un inquisidor vestido con una túnica negra, la capucha puesta. Su cara quedaba en sombras, pero las cabezas de los clavos sobresalían.

—Es la hora —dijo.

Otro inquisidor esperaba en la puerta mientras la primera criatura

sacaba un manojo de llaves y se disponía a abrir la jaula de Vin.

Vin se envaró. La puerta chasqueó y se puso en pie de un salto, abalanzándose hacia delante.

¿Siempre he sido así de lenta sin peltre?, pensó horrorizada. El inquisidor la agarró por el brazo al pasar, sin ninguna dificultad, como si tal cosa... y ella entendió por qué. Sus manos se movían de forma sobrenaturalmente rápida, lo que la hacía parecer en comparación aún más torpe.

El inquisidor la obligó a darse la vuelta y la sujetó. Su rostro lleno de cicatrices sonrió con malignidad. Cicatrices que parecían...

Heridas de flecha, pensó ella con sorpresa. *Pero... ¿ya ha sanado? ¿Cómo puede ser?*

Se debatió, pero su débil cuerpo sin peltre no era rival para la fuerza del inquisidor. La criatura la llevó hasta la puerta y el segundo inquisidor se apartó, mirándola con los clavos que sobresalían de su capucha. Aunque el que la llevaba sonreía, el segundo tenía una línea recta por boca.

Vin le escupió al pasar, alcanzándolo en uno de los clavos. Su captor la sacó de la celda y la llevó por un estrecho pasillo. Ella gritó pidiendo ayuda, sabiendo que sus gritos, en plena Kredik Shaw, serían inútiles. Al menos consiguió molestar al inquisidor, porque le retorció el brazo.

—Calla —dijo mientras ella gemía de dolor.

Vin guardó silencio, concentrándose en cambio en su situación. Debían de encontrarse en una de las secciones inferiores del palacio: los pasillos eran demasiado largos para que se tratara de una torre o un pabellón. Los adornos eran lujosos, pero las habitaciones parecían... sin usar. Las alfombras estaban prístinas,

los muebles no tenían roces ni arañazos. Tuvo la sensación de que los murales apenas eran contemplados, ni siquiera por aquellos que a menudo atravesaban esas cámaras.

Al cabo de un rato, llegaron a una escalera y empezaron a subirla. *Una de las torres*, pensó ella.

A cada escalón que ascendían Vin podía sentir al lord Legislador acercándose. Su mera presencia ensombrecía sus emociones, robándole la fuerza de voluntad, aturdiéndola, haciendo que no sintiera más que una solitaria depresión. Quedó flácida en la presa del inquisidor, sin debatirse ya. Le hacía falta toda su energía tan solo para resistirse a la presión que el lord Legislador ejercía sobre su alma.

Después de un breve intervalo en la escalera en forma de túnel, los inquisidores desembocaron en una gran sala circular. Y, a pesar del poder aplacador del lord Legislador, a pesar de sus visitas a las fortalezas de los nobles, Vin dispuso de un breve instante para contemplar cuanto la rodeaba, una majestuosidad como nunca había visto.

La sala, enorme, era cilíndrica. La pared (solo había una que describía un amplio círculo) era toda de cristal. Iluminada por fuegos desde fuera, la sala brillaba de manera espectral. El cristal era de colores, aunque no representaba ninguna escena específica. Parecía hecho de una sola lámina, los colores extendidos y fundidos en largas y finas estelas. Como...

Como la bruma, pensó asombrada. *Jirones de bruma de colores corriendo en círculo por toda la sala.*

El lord Legislador estaba sentado en un trono elevado, en pleno

centro de la cámara. No era el viejo lord Legislador, sino la versión más joven, el joven guapo que había matado a Kelsier.

¿Algún tipo de impostor? No, puedo sentirlo... igual que pude sentirlo antes. Son el mismo hombre. ¿Puede cambiar de aspecto, entonces? ¿Aparece joven cuando desea mostrar una cara bonita?

Un grupito de obligadores, con sus túnicas grises y sus ojos tatuados, conversaban al otro lado de la habitación. Había siete inquisidores de pie, como una fila de sombras con ojos de hierro. En total sumaban nueve, contando los dos que habían escoltado a Vin. Su captor la entregó a uno de los otros, quien la sostuvo con una tenaza similar, de la que resultaba imposible escapar.

—Empecemos con esto —dijo el lord Legislador.

Un obligador dio un paso adelante e hizo una reverencia. Con un escalofrío, Vin advirtió que lo conocía.

El sumo prelado Tevidian, pensó, mirando al hombre calvo. Mi... padre.

—Mi señor —dijo Tevidian—, perdóname, pero no comprendo. ¡Ya hemos discutido este asunto!

—Los inquisidores dicen que tienen más que añadir —respondió el lord Legislador con voz cansada.

Tevidian miró a Vin, el ceño fruncido. *No sabe quién soy, pensó ella. Nunca ha sabido que tiene hijos.*

—Mi señor —dijo Tevidian, volviéndose—. ¡Mira por la ventana! ¿No tenemos cosas mejores que discutir? ¡Toda la ciudad se ha rebelado! Las antorchas de los skaa iluminan la noche y se atreven a internarse en las brumas. ¡Blasfeman y atacan los torreones de los nobles!

—Déjalos —dijo el lord Legislador, ajeno. Parecía tan... agotado.

Se sentaba en su trono con fuerza, pero seguía habiendo cansancio en su postura y en su voz.

—¡Pero mi señor! —dijo Tevidian—. ¡Las Grandes Casas están cayendo!

El lord Legislador agitó una mano.

—Es bueno purgarlas cada siglo más o menos. Eso engendra inestabilidad, impide que la aristocracia se vuelva demasiado confiada. Normalmente, dejo que se maten unos a otros en sus estúpidas guerras, pero esta revuelta servirá al mismo propósito.

—¿Y... y si los skaa llegan al palacio?

—Entonces, yo me encargaré de ellos —dijo el lord Legislador suavemente—. No sigas cuestionando este tema.

—Sí, mi señor —dijo Tevidian, haciendo una reverencia y retrocediendo.

—Ahora. —El lord Legislador se volvió hacia los inquisidores—. ¿Qué es lo que deseáis presentar?

El inquisidor de las cicatrices dio un paso al frente.

—Lord Legislador, deseamos solicitar que el liderazgo de tu Ministerio sea retirado a estos... hombres y otorgado a los inquisidores.

—Ya hemos discutido eso —dijo el lord Legislador—. Tus hermanos y tú sois necesarios para tareas más importantes. Sois demasiado valiosos para malgastaros en simples labores de administración.

—¡Pero permitiendo que hombres corrientes gobiernen tu Ministerio has dejado inadvertidamente que la corrupción y el vicio entren en el mismo corazón de tu sagrado palacio!

—¡Acusaciones vanas! —escupió Tevidian—. Dices esas cosas a

menudo, Kar, pero nunca presentas ninguna prueba.

Kar se volvió despacio, su extraña sonrisa iluminada por la luz coloreada y retorcida de la ventana. Vin se estremeció. Esa sonrisa era casi tan inquietante como el poder aplacador del lord Legislador.

—¿Prueba? —preguntó Kar—. Dime, *sumo prelado*. ¿Reconoces a esta muchacha?

—¡Bah, por supuesto que no! —contestó Tevidian con un gesto de indiferencia—. ¿Qué tiene que ver una muchacha skaa con el gobierno del Ministerio?

—Todo —dijo Kar, volviéndose hacia Vin—. Sí, ya lo creo... Todo. Dile al lord Legislador quién es tu padre, niña.

Vin trató de rebullirse, pero la alomancia del lord Legislador era opresiva, las manos del inquisidor, demasiado fuertes.

—No lo sé —consiguió decir entre dientes.

El lord Legislador se irguió lentamente, volviéndose hacia ella e inclinándose hacia delante.

—No puedes mentirle al lord Legislador, niña —dijo Kar con voz tranquila y rechinante—. Ha vivido durante siglos y ha aprendido a usar la alomancia como ningún hombre mortal. Puede ver cosas en la forma en que late tu corazón y leer tus emociones en tus ojos. Puede sentir el momento en que mientes. Lo sabe.... sí, claro que lo sabe.

—Nunca llegué a conocer a mi padre —dijo ella, obstinada. Si el inquisidor quería saber algo, entonces guardar un secreto le parecía buena idea—. Solo soy una ladrona callejera.

—¿Una ladrona callejera nacida de la bruma? —preguntó Kar—. Vaya, qué interesante. ¿Verdad, Tevidian?

El sumo prelado vaciló, el ceño cada vez más fruncido. El lord

Legislador se levantó despacio y bajó los escalones de su tarima para dirigirse a Vin.

—Sí, mi señor —dijo Kar—. Sentiste antes su alomancia. Sabes que es una nacida de la bruma plena... y sorprendentemente poderosa. Sin embargo, dice haber crecido en las calles. ¿Qué casa noble habría abandonado a una criatura semejante? Para tener tal fuerza, debe proceder de un linaje enormemente puro. Al menos... *uno* de sus progenitores debe proceder de un linaje muy puro.

—¿Qué estás dando a entender? —preguntó Tevidian, palideciendo.

El lord Legislador los ignoró a ambos. Cruzó la sala y se detuvo delante de Vin.

Tan cerca, pensó ella. Su poder aplacador era tan fuerte que ni siquiera sentía terror: lo único que experimentaba era una profunda, abrumadora, horrible pena.

El lord Legislador tendió sus manos delicadas y la tomó por las mejillas, alzando su rostro para mirarla a los ojos.

—¿Quién es tu padre, niña? —preguntó en voz baja.

—Yo...

La desesperación se retorció en su interior. Pena, dolor, el deseo de morir.

El lord Legislador acercó su rostro al suyo, mirándola a los ojos. En ese momento, ella supo la verdad. Pudo ver un trozo de él, pudo sentir su poder. Su... poder divino.

No le preocupaba la rebelión skaa. ¿Por qué tendría él que preocuparse? Si lo deseaba, podía matar a todas las personas de la ciudad, él mismo. Vin supo que esa era la verdad. Tal vez le llevara

tiempo, pero podría matar eternamente, incansablemente. No necesitaba temer ninguna rebelión.

No lo necesitaría nunca. Kelsier había cometido un error terrible, terrible.

—Tu padre, niña —insistió el lord Legislador, su exigencia como un peso físico sobre su alma.

Vin habló a su pesar.

—Mi... hermano me dijo que mi padre era ese hombre de ahí. El sumo prelado.

Las lágrimas arrasaban sus mejillas, aunque cuando el lord Legislador se dio la vuelta no pudo recordar por qué lloraba.

—¡Es mentira, mi señor! —dijo Tevidian, retrocediendo—. ¿Qué sabe ella? Es solo una niña tonta.

—Responde con sinceridad, Tevidian —dijo el lord Legislador, caminando lentamente hacia el obligador—. ¿Te has acostado alguna vez con una mujer skaa?

El obligador vaciló.

—¡Cumplí la ley! ¡Siempre las hice matar después!

—Tú... mientes —dijo el lord Legislador, como sorprendido—. Estás dudando.

Tevidian temblaba de pies a cabeza.

—Creo... que las eliminé a todas, mi señor. Había... había una con la que tal vez fui demasiado laxo. Al principio no supe que era una skaa. El soldado que envié a matarla fue demasiado permisivo y la dejó marchar. Pero al final la encontré.

—Dime —preguntó el lord Legislador—. ¿Engendró esa mujer algún hijo?

La sala permaneció en silencio.

—Sí, mi señor —respondió el sumo prelado.

El lord Legislador cerró los ojos, suspirando. Se volvió hacia su trono.

—Es vuestro —les dijo a los inquisidores.

Inmediatamente, seis inquisidores cruzaron corriendo la sala, aullando de alegría, sacando cuchillos de obsidiana de debajo de las túnicas. Tevidian alzó los brazos, gritando, mientras los inquisidores le caían encima, exultantes en su brutalidad. Manó la sangre cuando clavaron sus dagas una y otra vez en el moribundo. Los otros obligadores retrocedieron, horrorizados.

Kar permaneció al margen, sonriendo mientras contemplaba la masacre, igual que el inquisidor que sujetaba a Vin. Solo otro inquisidor más se guardó de intervenir, aunque Vin no sabía por qué.

—Has demostrado tu argumento, Kar —dijo el lord Legislador, sentándose cansinamente en su trono—. Parece que he confiado demasiado en la... obediencia de la humanidad. No cometí ningún error. Nunca he cometido ningún error. Sin embargo, es hora de cambiar. Reúne a los sumos prelados y tráelos aquí... Sácalos de la cama si es necesario. Serán testigos de que otorgo al Cantón de la Inquisición el mando y la autoridad sobre el Ministerio.

La sonrisa de Kar se ensanchó.

—La muchacha mestiza será destruida.

—Por supuesto, mi señor —dijo Kar—. Aunque... hay algunas preguntas que deseo hacerle antes. Formaba parte de una banda de brumosos skaa. Si puede ayudarnos a localizar a los demás...

—Muy bien —contestó el lord Legislador—. Es tu deber, después de todo.

¿Hay algo más hermoso que el sol? A menudo lo contemplo al salir, pues mi sueño inquieto suele despertarme antes del alba.

Cada vez que veo su tranquila luz amarilla asomar por el horizonte siento un poco más de determinación, un poco más de esperanza. En cierto modo, el sol es lo que me ha mantenido en marcha todo este tiempo.



Kelsier, maldito lunático, pensó Dockson mientras escribía notas sobre el mapa, *¿por qué siempre te quitas de en medio, dejándome para que arregle tus desaguisados?* Sin embargo, sabía que su frustración no era auténtica sino tan solo una manera de no concentrarse en la muerte de Kell. Funcionaba.

La parte de Kelsier en el plan (la visión, el liderazgo carismático) había terminado. Ahora le tocaba el turno a Dockson. Tomó la estrategia original de Kelsier y la modificó. Tuvo cuidado de mantener el caos a un nivel manejable, adjudicando el mejor equipo para los hombres que parecían más equilibrados. Envío contingentes a tomar puntos de interés estratégico (los depósitos de agua y comida) antes de que los saqueos generalizados se hicieran con ellos.

En resumen, hizo lo que hacía siempre: volver realidad los sueños de Kelsier.

Oyó un tumulto en la habitación principal y alzó la cabeza cuando

entró un mensajero. El hombre inmediatamente lo localizó en el centro del almacén.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Dockson mientras el hombre se acercaba.

El mensajero sacudió la cabeza. Era joven e iba vestido con el uniforme imperial, aunque se había despojado de la guerrera para llamar menos la atención.

—Lo siento, señor. Ninguno de los guardias la ha visto salir y... bueno, uno dijo que había visto cómo la llevaban a los calabozos de palacio.

—¿Puedes sacarla de allí?

El soldado, Goradel, palideció. Hasta hacía muy poco tiempo había sido uno de los hombres del lord Legislador. En realidad, Dockson no estaba seguro de hasta qué punto confiaba en aquel hombre. Sin embargo, el soldado, un antiguo guardia de palacio, podía llegar a lugares a los que no tenían acceso otros skaa. Sus antiguos amigos no sabían que había cambiado de bando.

Suponiendo que realmente haya cambiado de bando, pensó Dockson. Pero... bueno, las cosas se desarrollaban con demasiada rapidez para ponerse a dudar. Dockson había decidido usar a ese hombre. Tendría que confiar en su primer instinto.

—¿Bien? —insistió Dockson.

Goradel negó con la cabeza.

—Había un inquisidor con ella, señor. Yo no podría liberarla... no tendría autoridad. Yo no...

Dockson suspiró. *¡Maldita muchachita loca!*, pensó. *Tendría que haber tenido más sentido común. Kelsier debe de haberla contagiado.*

Despidió al soldado. Entonces entró Hammond, con una gran espada con el pomo roto al hombro.

—Se acabó —dijo Ham—. El Torreón de Elariel acaba de caer. Sin embargo, parece que el de Lekal aguanta todavía.

Dockson asintió con la cabeza.

—Necesitaremos a tus hombres en el palacio pronto.

Cuanto antes irrumpamos allí, más posibilidades tendremos de salvar a Vin. No obstante, intuía que llegarían demasiado tarde para salvarla. Las principales fuerzas tardarían horas en reunirse y organizarse: quería atacar el palacio con todas sus tropas. La verdad era que no podía permitirse malgastar hombres en una operación de rescate. Kelsier quizá hubiese ido tras ella, pero Dockson no podía permitirse hacer algo tan osado.

Como decía siempre, alguien de la banda tenía que ser realista. El palacio no era una plaza que se atacara sin preparativos estrictos; el fracaso de Vin lo demostraba. Tendría que cuidar de sí misma por el momento.

—Prepararé a mis hombres —asintió Ham, mientras apartaba la espada—. Pero voy a necesitar una espada nueva.

Dockson exhaló un suspiro.

—Los violentos siempre estáis rompiendo cosas. Mira a ver qué encuentras.

Ham se retiró.

—Si ves a Sazed —llamó Dockson— dile que...

Dockson se detuvo al ver que un grupo de rebeldes skaa entraba en la habitación. Llevaban un prisionero maniatado y con un saco en la cabeza.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Uno de los rebeldes le dio un codazo a su cautivo.

—Creo que es alguien importante, mi señor. Ha venido a nosotros desarmado y ha pedido que lo trajéramos ante ti. Nos ha prometido oro si lo hacíamos.

Dockson alzó una ceja. El hombretón tiró de la capucha revelando a Elend Venture.

Dockson parpadeó sorprendido.

—¿Tú?

Elend miró alrededor. Sentía algo de aprensión, obviamente, pero se comportó bien, dada la situación.

—¿Nos conocemos?

—No exactamente —dijo Dockson.

Maldición, no tengo tiempo para cautivos ahora. Sin embargo, el hijo de los Venture... Dockson iba a necesitar una carta para jugar con la poderosa nobleza cuando la lucha terminara.

—He venido a ofreceros una tregua —anunció Elend Venture.

—¿Cómo dices?

—La Casa Venture no se enfrentará a vosotros —continuó Elend—. Y es probable que consiga convencer al resto de la nobleza para que escuche también. Están asustados... No hay ninguna necesidad de masacrarlos.

Dockson respondió con un bufido.

—No puedo dejar fuerzas hostiles en la ciudad.

—Si destruíis a la nobleza no podréis aguantar mucho tiempo. Nosotros controlamos la economía. El imperio se desplomará sin nosotros.

—Esa es la causa de toda esta historia —respondió Dockson—. Mira, no tengo tiempo...

—Tienes que escucharme —dijo Elend Venture a la desesperada—. Si empezáis vuestra rebelión con caos y un baño de sangre, la perderéis. ¡He estudiado estas cosas: sé de lo que estoy hablando! Cuando el impulso de vuestro conflicto inicial se agote, la gente empezará a buscar otras cosas que destruir. Se volverán unos contra otros. *Tienes que mantener el control de tus ejércitos.*

Dockson vaciló. Se suponía que Elend Venture era un necio y un patán, pero en aquel momento parecía... apasionado.

—Os ayudaré —dijo Elend—. Dejad en paz los torreones y concentrad vuestros esfuerzos en el Ministerio y el lord Legislador: ellos son vuestros auténticos enemigos.

—Mira, retiraré a nuestros hombres del Torreón de Venture. Lo más probable es que no haya ninguna necesidad de luchar ahora que...

—He enviado a mis soldados al Torreón de Lekal —lo interrumpió Elend—. Retira a tus hombres de todas las fortalezas de los nobles. No van a atacaros por el flanco: tan solo se esconden asustados en sus mansiones.

Quizá tenga razón.

—Lo consideraremos...

Dockson se calló al advertir que Elend ya no le estaba prestando atención. *Es difícil mantener una conversación con este tipo.*

Elend estaba mirando a Hammond, que había regresado con una espada nueva. Frunció el ceño y luego abrió unos ojos como platos.

—¡Yo te conozco! ¡Eres el que rescató a los sirvientes de lord Renoux de las ejecuciones!

Elend se volvió hacia Dockson, súbitamente ansioso.

—¿Conocéis a Valette, entonces? Ella os dirá que me hagáis

caso.

Dockson cruzó una mirada con Ham.

—¿Qué? —preguntó Elend.

—Vin... —dijo Dockson—. Valette... fue al palacio hace unas horas. Lo siento, muchacho. Debe de estar en los calabozos del lord Legislador ahora mismo... suponiendo que siga con vida.

Kar arrojó a Vin a su celda. Ella golpeó el suelo con fuerza y rodó, la camisa suelta a su alrededor, hasta que chocó con la cabeza contra la pared del fondo.

El inquisidor sonrió, cerrando la puerta.

—Muchas gracias —dijo a través de los barrotes—. Nos has ayudado a conseguir algo que esperábamos desde hace mucho tiempo.

Vin lo miró, mientras los efectos del poder aplacador del lord Legislador empezaban a debilitarse.

—Es una lástima que Bendal no esté aquí —dijo Kar—. Persiguió a tu hermano durante años, jurando que Tevidian había engendrado a un mestizo skaa. Pobre Bendal... Si al menos el lord Legislador nos hubiera dejado al Superviviente a nosotros, para poder vengarnos...

La miró, sacudiendo su cabeza perforada por los clavos.

—Ah, bueno. Al final ha sido vengado. Los demás creímos a tu hermano, pero Bendal... ni siquiera entonces quedó convencido... Y al final te encontró.

—¿Mi hermano? —dijo Vin, incorporándose—. ¿Me vendió?

—¿Venderte? Gritó día y noche bajo las manos de los

torturadores del Ministerio. Es muy difícil resistir los dolores de la tortura de un inquisidor... Algo que pronto descubrirás. —Kar sonrió—. Pero antes, déjame mostrarte algo.

Un grupo de guardias arrastró a una figura atada y desnuda hasta la celda. Magullado y ensangrentado, el hombre se desplomó sobre el suelo de piedra cuando lo empujaron a la jaula situada junto a la de Vin.

—¿Sazed? —exclamó Vin, corriendo a los barrotes.

El terrisano parecía aturdido mientras los soldados le ataban las manos y los pies a una pequeña argolla de metal en el suelo de piedra. Lo habían golpeado tanto que apenas estaba consciente. Vin apartó la mirada para no ver su desnudez, pero no antes de advertir entre sus piernas la simple cicatriz donde debería haber estado su masculinidad.

Todos los mayordomos terrisanos son eunucos, le había dicho. Esa herida no era nueva, pero los cortes, magulladuras y arañazos eran frescos.

—Lo encontramos entrando en el palacio —dijo Kar—. Al parecer, temía por tu seguridad.

—¿Qué le habéis hecho?

—Bueno, muy poco... hasta ahora —respondió el inquisidor—. Puede que te preguntes por qué te he hablado de tu hermano. Tal vez me consideres un necio por admitir que la mente de tu hermano se quebró antes de que le arrancáramos su secreto. Pero, verás, no soy tan necio como para no admitir un error. Tendríamos que habernos contenido al torturarlo... hacerlo sufrir más. Ese fue, en efecto, un error.

Sonrió perversamente, señalando a Sazed.

—No volveremos a cometer ese error, niña. No... Esta vez vamos a utilizar una táctica diferente. Vamos a dejarte vernos torturar al terrisano. Vamos a tener mucho cuidado y a asegurarnos de que su dolor sea largo y muy vibrante. Cuando nos digas lo que queremos saber, nos detendremos.

Vin se estremeció de horror.

—No... Por favor...

—Sí, claro que sí —dijo Kar—. ¿Por qué no te tomas un poco de tiempo para pensar en lo que vamos a hacerle? El lord Legislador me ha llamado a su presencia... Tengo que ir a recibir formalmente el liderazgo del Ministerio. Comenzaremos cuando regrese.

Se dio media vuelta, la túnica negra rozando el suelo. Los guardias lo siguieron, sin duda para situarse en la sala de guardia, al otro lado de la celda.

—Ay, Sazed —dijo Vin, arrodillándose junto a los barrotes de su jaula.

—Vamos, señora —respondió Sazed con voz sorprendentemente lúcida—. ¿Qué te dijimos de ir por ahí corriendo en ropa interior? Si maese Dockson estuviera aquí te lo reprocharía con toda seguridad.

Vin alzó la cabeza, sorprendida. Sazed le estaba sonriendo.

—¡Sazed! —dijo en voz baja, mirando en la dirección por la que se habían marchado los guardias—. ¿Estás despierto?

—Muy despierto —repuso él. Su voz calmada y fuerte contrastaba marcadamente con su cuerpo magullado.

—Lo siento, Sazed. ¿Por qué me has seguido? ¡Tendrías que haberte quedado atrás y dejar que hiciera estupideces yo sola!

Él volvió la cabeza hacia ella, con un ojo hinchado, pero mirándola con el otro.

—Señora —dijo solemnemente—, le juré a maese Kelsier que cuidaría de tu seguridad. El juramento de un terrisano no es algo que se haga a la ligera.

—Pero... tendrías que haber sabido que iban a capturarte —dijo ella, agachando avergonzada la cabeza.

—Claro que lo sabía, señora. ¿Cómo si no iba a hacer que me trajeran hasta ti?

Vin alzó la cabeza.

—¿Traerte... hasta mí?

—Sí, señora. Hay una cosa que el Ministerio y mi pueblo tienen en común, creo. Los dos subestiman las cosas que podemos conseguir.

Cerró los ojos. Y entonces su cuerpo cambió. Pareció... desinflarse. Los músculos se debilitaron y enflaquecieron, la carne colgó flácida de sus huesos.

—¡Sazed! —exclamó Vin, intentando alcanzarlo a través de los barrotes.

—No pasa nada, señora —dijo él con voz aterradoramente débil—. Necesito un momento para... recuperar mi fuerza.

Recuperar mi fuerza. Vin vaciló, bajando la mano, y observó a Sazed unos minutos. ¿*Podría ser...?*

Él parecía tan débil... Como si su fuerza, sus propios músculos estuvieran siendo absorbidos. Y tal vez... ¿guardados en otra parte?

Sazed abrió los ojos. Su cuerpo volvió a la normalidad; luego sus músculos continuaron creciendo hasta ser grandes y poderosos, más voluminosos incluso que los de Ham.

Sazed le sonrió desde una cabeza que coronaba un cuello musculoso; luego se zafó fácilmente de sus ligaduras. Se levantó un

hombre enorme, inhumanamente fornido, completamente diferente del erudito delgado y silencioso que ella conocía.

El lord Legislador hablaba de su fuerza en su libro, pensó asombrada. Dijo que el hombre llamado Renoux alzó un pedrusco él solo y lo apartó del camino.

—¡Pero si te han quitado todas tus joyas! —dijo Vin—. ¿Dónde ocultaste el metal?

Sazed sonrió, agarrando los barrotes que separaban sus celdas.

—Tú me diste la idea, señora. Me lo tragué.

Dicho esto, separó los barrotes.

Ella entró en la jaula y lo abrazó.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo él, haciéndola amablemente a un lado y descargando una enorme palma contra la puerta de la celda. El golpe rompió la cerradura y envió la puerta al suelo.

—Rápido ahora, señora —dijo Sazed—. Debemos llevarte a lugar seguro.

Los dos guardias que habían arrojado a Sazed a la celda aparecieron en la puerta un segundo después. Se detuvieron, mirando a la bestia que ocupaba el lugar del hombre débil que habían golpeado.

Sazed saltó hacia delante blandiendo uno de los barrotes de la jaula de Vin. Sin embargo, su feruquimia solo le había dado fuerza, no velocidad. Avanzó con paso torpe y los guardias echaron a correr gritando en busca de ayuda.

—Vamos, señora —dijo Sazed, tirando el barrote—. Mi fuerza no durará mucho: el metal que tragué no era bastante para contener mucha carga feruquímica.

Mientras hablaba empezó a encogerse. Vin lo adelantó y salió de la celda. La sala de guardia era bastante pequeña, con solo un par de sillas. Sin embargo, bajo una de ellas encontró una capa enrollada de uno de los guardias. Vin la recogió y se la tendió a Sazed.

—Gracias, señora.

Ella asintió, acercándose a la puerta para asomarse. La habitación exterior, más grande, estaba vacía. Había dos pasillos, uno a la derecha, otro que se perdía en la distancia ante ella. La pared de la izquierda estaba recubierta de troncos de madera y el centro de la habitación contenía una mesa grande. Vin se estremeció al ver la sangre seca y el conjunto de afilados instrumentos colocados en fila junto a la mesa.

Aquí es donde terminaremos los dos si no nos damos prisa, pensó, indicando a Sazed que avanzara.

Se detuvo cuando un grupo de soldados apareció al fondo del pasillo, dirigido por uno de los guardias de antes. Vin maldijo en silencio: de haber tenido estaño los hubiese oído antes.

Miró hacia atrás. Sazed cojeaba. Su fuerza feruquímica había desaparecido y los soldados le habían dado una severa paliza antes de arrojarlo a la celda. Apenas podía andar.

—¡Ve, señora! —dijo, indicándole que continuara—. ¡Corre!

Todavía tienes que aprender algunas cosas sobre la amistad, Vin, susurró en su mente la voz de Kelsier. *Espero que algún día te des cuenta de cuáles son...*

No puedo dejarlo. No lo haré.

Vin corrió hacia los soldados. Recogió de la mesa un par de

cuchillos de tortura. Su brillante acero pulido chispeó entre sus dedos. Saltó sobre la mesa y se lanzó contra los soldados.

No tenía alomancia alguna, pero voló de todas formas, sus meses de práctica ayudándola a pesar de su carencia de metales. Clavó un cuchillo en el cuello de un sorprendido soldado al caer. Llegó al suelo con más fuerza de lo que esperaba, pero consiguió evitar a un segundo soldado, que maldijo y descargó un golpe contra ella.

La espada chocó contra la piedra. Vin giró, acuchillando a otro soldado en los muslos. El hombre retrocedió de dolor.

Demasiados, pensó. Eran al menos dos docenas. Trató de saltar hacia un tercer soldado, pero otro hombre blandió su bastón y lo descargó contra su costado.

Vin gimió de dolor, soltando el cuchillo mientras perdía el equilibrio. Ningún peltre la reforzó contra la caída y golpeó las duras piedras con un crujido. Rodó hasta detenerse aturdida junto a la pared.

Se esforzó, sin éxito, por levantarse. A su lado, apenas pudo distinguir a Sazed desplomándose cuando su cuerpo se debilitó de pronto. Estaba intentando volver a acumular fuerzas. No tendría tiempo. Los soldados se abalanzarían pronto sobre él.

Al menos lo he intentado, pensó Vin mientras oía a otro grupo de soldados cargando por el pasillo de la derecha. *Al menos no lo he abandonado. Creo... creo que Kelsier se refería a esto.*

—¡Valette! —gritó una voz familiar.

Vin alzó sorprendida la cabeza mientras Elend y seis soldados irrumpían en la habitación. Elend vestía un traje de noble algo arrugado y llevaba un bastón de duelo.

—¿Elend? —preguntó, aturdida.

—¿Estás bien? —dijo él preocupado, avanzando hacia ella.

Entonces advirtió a los soldados del Ministerio. Parecían un poco confusos de tener que enfrentarse a un noble, pero seguían contando con su superioridad numérica.

—¡Me llevo a la muchacha! —dijo Elend. Sus palabras eran valientes, pero obviamente no era soldado. Solo llevaba un bastón de duelo como arma, sin armadura alguna. Cinco de los hombres que lo acompañaban vestían el rojo Venture: hombres del Torreón de Elend. Uno, sin embargo, el que los había guiado cuando entraban en la habitación, vestía uniforme de la guardia de palacio. Vin lo reconocía vagamente. A su guerrera le faltaba el símbolo en el hombro. *El hombre de antes*, pensó, estupefacta. *Al que convencí para que cambiara de bando...*

El líder de los soldados del Ministerio tomó una decisión. Hizo un gesto cortante, ignorando la orden de Elend, y los soldados empezaron a rodear la habitación disponiéndose a cercar al grupo de Elend.

—¡Valette, tienes que irte! —la apremió Elend bastón en ristre.

—Vamos, señora —dijo Sazed, acercándose para ayudarla a ponerse en pie.

—¡No podemos abandonarlos!

—Tenemos que hacerlo.

—Pero tú viniste por mí. ¡Tenemos que hacer lo mismo por Elend!

Sazed negó con la cabeza.

—Eso era diferente, niña. Sabía que tenía una posibilidad de salvarte. Aquí no puedes ayudar: hay belleza en la compasión, pero también hay que tener sensatez.

Vin permitió que la pusiera en pie mientras los hombres de Elend

avanzaban obedientes para bloquear a los soldados del Ministerio. Elend estaba situado al frente, obviamente decidido a luchar.

¡Tiene que haber otra manera!, pensó Vin con desesperación. *Tiene que...*

Y entonces la vio, olvidada en uno de los arcones que había junto a la pared. Una tira familiar de tela gris, una sola asomando del arcón.

Se zafó de Sazed mientras los soldados del Ministerio atacaban. Elend gritó tras ella y las armas resonaron.

Vin sacó del arcón las prendas (su camisa y sus pantalones), y allí, en el fondo, encontró su capa de bruma. Cerró los ojos y buscó en el bolsillo.

Sus dedos encontraron un frasquito de cristal, con el tapón todavía en su sitio.

Lo sacó, girando hacia la batalla. Los soldados del Ministerio se habían apartado un poco. Dos de sus miembros yacían heridos en el suelo, pero tres de los hombres de Elend habían caído. Lo reducido del lugar, por fortuna, había impedido que los de Elend fueran rodeados al principio.

Elend sudaba, con un corte en el brazo, el bastón roto. Se hizo con la espada del hombre al que había derrotado y la empuñó con manos inexpertas, enfrentándose a una fuerza muy superior.

—Me equivocaba respecto a él, señora —dijo Sazed en voz baja—. Yo... pido disculpas.

Vin sonrió. Luego destapó el frasquito y apuró los metales de un solo trago.

Pozos de poder explotaron en su interior. Ardieron fuegos, resonaron metales y la fuerza regresó a su cuerpo cansado y

debilitado como un sol al amanecer. Los dolores se volvieron insignificantes, el mareo desapareció, la habitación era más brillante, las piedras más *reales* bajo sus pies descalzos.

Los soldados atacaron de nuevo y Elend alzó su espada con determinación, pero sin esperanza. Pareció completamente sorprendido cuando Vin pasó volando por encima de su cabeza.

Aterrizó entre los soldados provocando un empujón de acero. Los situados frente a ella chocaron contra las paredes. Un hombre blandió un bastón ante su cara; ella lo apartó con mano desdeñosa y luego le hundió el puño en la cara haciéndole volver la cabeza con un crujido.

Atrapó el bastón cuando caía, lo hizo girar y lo descargó contra la cabeza del soldado que atacaba a Elend. El bastón se quebró y lo dejó caer con el cadáver. Los soldados de detrás empezaron a gritar, se volvieron y echaron a correr cuando ella empujó a dos grupos más de hombres contra las paredes. El último soldado que quedaba se volvió, sorprendido, mientras Vin tiraba de su casco y lo agarraba. Se lo devolvió de un empujón, aplastándolo contra su pecho y anclándose desde atrás. El soldado voló por el pasillo y se estampó contra sus compañeros que huían.

Vin jadeó de excitación, los músculos tensos, de pie entre los hombres que gemían. *Comprendo... que Kelsier se volviera adicto a esto.*

—¿Valette? —preguntó Elend, estupefacto.

Vin saltó, lo envolvió en un alegre abrazo con fuerza y enterró la cara en su hombro.

—Has vuelto —susurró—. Has vuelto, has vuelto, has vuelto...

—Hummm, sí. Y... veo que eres una nacida de la bruma. Muy

interesante. Quiero decir, normalmente es un gesto de cortesía contarles a los amigos ese tipo de cosas.

—Lo siento —murmuró ella, todavía abrazada a él.

—Bueno, sí —dijo él, distraído—. Esto... ¿Valette? ¿Qué le ha pasado a tu ropa?

—Está en el suelo, por ahí —contestó ella, mirándolo—. Elend, ¿cómo me has encontrado?

—Tu amigo, un tal maese Dockson, me ha dicho que te habían capturado en el palacio. Y bueno, este simpático caballero de aquí... el capitán Goradel, creo que se llama... da la casualidad de que es soldado de palacio y conocía el camino hasta aquí. Con su ayuda, y como noble de cierto rango, ha podido entrar en el edificio sin demasiados problemas. Luego hemos oído gritos en este pasillo... Y, hummm, ¿Valette? ¿Crees que podrías volver a ponerte la ropa? Esto... me distrae un poco.

Ella le sonrió.

—Me has encontrado.

—Para lo que ha servido —dijo él amargamente—. No parece que necesitaras mucho nuestra ayuda...

—Eso no importa. Has vuelto. Nadie había vuelto por mí antes.

Elend la miró, frunciendo ligeramente el ceño.

Sazed se acercó, cargado con la ropa y la capa de Vin.

—Señora, tenemos que marcharnos.

Elend asintió.

—No se está a salvo en ningún lugar de la ciudad. ¡Los skaa se han rebelado! —Vaciló, mirándola—. Pero, bueno, eso ya debes de saberlo.

Vin asintió y se apartó por fin de él.

—Ayudé a iniciar la rebelión. Pero tienes razón en lo del peligro. Ve con Sazed... Muchos de los líderes rebeldes lo conocen. No te harán daño mientras te apoye.

Elend y Sazed fruncieron el ceño mientras Vin se ponía los pantalones.

—¿Que vaya con Sazed? Pero ¿y tú?

Vin se puso la camisa. Entonces alzó la cabeza... sintiendo a través de la piedra, sintiéndolo a él/ arriba. Estaba allí. Demasiado poderoso. Después de haberse enfrentado a él directamente, estaba segura de su fuerza. La rebelión skaa estaba condenada mientras viviera.

—Tengo otra cosa que hacer, Elend —dijo, recogiendo la capa de bruma.

—¿Crees que puedes derrotarlo, señora? —preguntó Sazed.

—Tengo que intentarlo. El Undécimo metal funcionó, Sazed. Vi... algo. Kelsier estaba seguro de que revelaría su secreto.

—Pero... el lord Legislador, señora...

—Kelsier murió para iniciar esta rebelión —dijo Vin con firmeza—. Tengo que encargarme de que tenga éxito. Esta es *mi* misión, Sazed. Kelsier no sabía cuál era, pero yo sí. Tengo que detener al lord Legislador.

—¿Al lord Legislador? —preguntó Elend, sorprendido—. No, Valette. ¡Es inmortal!

Vin se acercó la cabeza de Elend para que la besara.

—Elend, tu familia entregaba el atium al lord Legislador. ¿Sabes dónde lo guarda?

—Sí —respondió él, confuso—. Guarda las perlas en el edificio del tesoro situado al este de aquí. Pero...

—Tienes que apoderarte de ese atium, Elend. El nuevo gobierno va a necesitar esa riqueza, y ese poder, si no quiere ser conquistado por el primer noble que pueda levantar en armas un ejército.

—No, Valette. —Elend negó con la cabeza—. Tengo que ponerte a salvo.

Ella le sonrió, luego se volvió hacia Sazed. El terrisano asintió con la cabeza.

—¿No vas a decirme que no vaya?

—No —respondió él tranquilamente—. Me temo que tienes razón, señora. Si el lord Legislador no es derrotado... bueno, no te detendré. Sin embargo, te deseo buena suerte. Vendré a ayudarte cuando haya puesto al joven Venture a salvo.

Vin sonrió, sonrió al aprensivo Elend y alzó la cabeza hacia la oscura fuerza que esperaba arriba, latiendo con una depresión cansada.

Quemó cobre, rechazando el poder aplacador del lord Legislador.

—Valette... —murmuró Elend.

Ella se volvió hacia él.

—No te preocupes. Creo que sé cómo matarlo.

Estos son mis temores mientras escribo con una pluma cubierta de escarcha la víspera del renacer del mundo. Rashek observa. Me odia. Las cavernas están ahí delante. Latiendo. Mis dedos tiemblan. No de frío.

Mañana, terminará.

38



Vin se impulsó por los aires sobre Kredik Shaw. Las torres y pabellones se alzaban a su alrededor como las escamas ensombrecidas de un monstruo fantasmal que acechara a sus pies. Oscuras, rectas y ominosas, por algún motivo le hicieron pensar en Kelsier, muerto en la calle con una lanza de punta de obsidiana asomando de su pecho.

Las brumas giraban y revoloteaban mientras las atravesaba. Todavía eran densas, pero el estaño le permitía ver un leve clarear en el horizonte. El alba se acercaba.

Bajo ella se acumulaba una gran luz. Vin se agarró a la fina aguja de una torre, dejando que su impulso la hiciera girar alrededor del resbaladizo metal y le permitiera hacer un barrido de toda la zona. Miles de antorchas ardían en la noche, mezclándose y fundiéndose como insectos luminiscentes. Estaban organizadas en grandes oleadas y convergían hacia el palacio.

La guardia de palacio no tiene ninguna oportunidad contra una fuerza tan grande, pensó. Pero, al entrar luchando en el palacio, el ejército skaa sellará su destino.

Se volvió hacia un lado, sintiendo el frío de la aguja humedecida por la bruma bajo sus dedos. La última vez que había saltado entre las torres de Kredik Shaw, estaba sangrando y a punto de desvanecerse. Sazed había llegado para salvarla, pero esta vez no podría hacerlo.

No muy lejos vio la torre del trono. No era difícil localizarla: un anillo de ardientes hogueras iluminaba su exterior y su única ventana de cristal tintado para aquellos que estaban dentro. Sintió la presencia de él allí dentro. Aguardó un instante con la esperanza, quizá, de poder atacar después de que los inquisidores salieran de la sala.

Kelsier creía que el Undécimo metal era la clave, pensó.

Tenía una idea. Funcionaría. Era preciso.

—A partir de este momento —proclamó en voz alta el lord Legislador—, se concede al Cantón de la Inquisición el dominio organizativo del Ministerio. Los interrogatorios que hasta ahora eran desviados a Tevidian deben serlo a Kar.

La sala del trono permaneció en silencio. Los obligadores de alto rango estaban aturridos por los acontecimientos de la noche. El lord Legislador agitó una mano, indicando que la reunión había acabado.

¡*Por fin!*, pensó Kar. Alzó la cabeza, sus ojos de clavos pulsando como siempre, causándole dolor... Aunque esa noche era el dolor de la alegría. Los inquisidores llevaban dos siglos esperando, planeando con cuidado, animando sutilmente la corrupción y la disensión entre los obligadores corrientes. Y por fin había

funcionado. Los inquisidores ya no se inclinarían ante los dictados de hombres inferiores.

Se dio la vuelta y sonrió al grupo de sacerdotes del Ministerio, sabedor de la incomodidad que causaba la mirada de un inquisidor. Ya no podía ver, no como veía en otro tiempo, pero le habían concedido algo mejor. Una alomancia tan sutil, tan detallada, que le permitía distinguir el mundo que lo rodeaba con sorprendente precisión.

Casi todo contenía metal: el agua, la piedra, el cristal, incluso los cuerpos humanos. La concentración de esos metales era demasiado débil para que influyera en ellos la alomancia; de hecho, la mayoría de los alománticos ni siquiera podían sentirlos.

Con sus ojos de inquisidor, sin embargo, Kar veía las líneas. Los hilos azules eran finos, casi invisibles, pero dibujaban el mundo para él. Los obligadores que tenía delante eran una masa hirviente de azules; sus emociones (incomodidad, furia y miedo) se notaban en su postura. Incomodidad, furia y miedo... Tan dulces las tres. La sonrisa de Kar se ensanchó a pesar de su fatiga.

Llevaba demasiado tiempo despierto. Vivir como inquisidor agotaba el cuerpo y tenía que descansar a menudo. Sus hermanos salían ya de la sala camino de sus aposentos, que estaban intencionadamente cerca del salón del trono. Se dormirían de inmediato: con las ejecuciones de la tarde y la excitación de la noche estarían tremendamente fatigados.

Kar, sin embargo, se quedó atrás mientras inquisidores y obligadores se marchaban. Poco después solo quedaron el lord Legislador y él en una sala iluminada por cinco enormes braseros.

Las hogueras de fuera se extinguieron poco a poco, apagadas por criados, y el panorama de cristal se volvió oscuro y negro.

—Finalmente tienes lo que querías —dijo el lord Legislador tranquilamente—. Tal vez ahora pueda tener paz.

—Sí, lord Legislador —dijo Kar, inclinándose—. Creo que...

Un extraño sonido restalló en el aire, un suave chasquido. Kar alzó la cabeza con el ceño fruncido mientras un pequeño disco de metal rebotaba por el suelo y al final se detenía junto a su bota. Recogió la moneda, luego miró la enorme ventana y reparó en el agujerito por el que había entrado.

¿Qué?

Docenas de monedas más entraron por la ventana, llenándola de agujeros. El tintineo metálico y el chasquido del cristal resonaron en el aire. Kar retrocedió, sorprendido.

Toda la sección sur de la ventana se hizo añicos, estallando hacia dentro. El cristal se había debilitado tanto con el impacto de las monedas que un cuerpo lanzado a toda velocidad pudo atravesarlo.

Fragmentos de cristal de colores giraron en el aire, esparciéndose ante una pequeña figura ataviada con una aleteante capa de bruma que llevaba un par de relucientes dagas negras. La muchacha aterrizó agazapada y se deslizó sobre los trozos de cristal, seguida de los jirones de bruma que se colaron tras ella por la abertura. La bruma se enroscó, atraída por la alomancia, alrededor de su cuerpo. Ella permaneció agazapada un instante, como un heraldo de la noche.

Luego se abalanzó directamente hacia el lord Legislador.

Vin quemó el Undécimo metal. El yo-pasado del lord Legislador apareció igual que había hecho antes, como surgido de la bruma, para situarse en la tarima junto al trono.

Vin ignoró al inquisidor. La criatura, por fortuna, reaccionó despacio y ella ya había recorrido la mitad del camino que la separaba de la tarima antes de que acertara a perseguirla. El lord Legislador, sin embargo, permanecía sentado, tan tranquilo, observándola con expresión ligeramente interesada.

Dos lanzas en el pecho ni siquiera fueron para él una molestia, pensó Vin mientras cubría de un salto la distancia que la separaba de la tarima. *No tiene nada que temer de mis dagas.*

Por eso no intentó atacarlo, sino que se abalanzó con ellas directamente contra el corazón del yo-pasado.

Las dagas golpearon... y atravesaron al hombre como si no estuviera allí. El impulso la llevó a atravesar ella también la imagen y a tropezar.

Se giró, acuchillando de nuevo. Una vez más, las dagas atravesaron la imagen sin causarle ningún daño. Ni siquiera onduló ni se distorsionó.

Mi imagen de oro, pensó llena de frustración. *Pude tocarla. ¿Por qué no puedo tocar esta?*

Obviamente, no funcionaba de la misma manera. La sombra permaneció quieta, completamente ajena a sus ataques. Vin había pensado que, si mataba la versión pasada del lord Legislador, su forma presente moriría también. Por desgracia, el yo-pasado parecía tan insustancial como una sombra de atium.

Había fracasado.

Kar chocó contra ella, la agarró por los hombros con su poderosa

tenaza de inquisidor y la hizo caer. Ambos rodaron por los escalones.

Vin gimió, avivando peltre. *No soy la misma muchacha sin poderes que hiciste prisionera hace un rato*, Kar, pensó con determinación dándole una patada cuando ambos golpearon el suelo, detrás del trono.

El inquisidor gruñó, la patada lo levantó y la soltó. La capa de bruma de Vin se le quedó entre las manos, pero ella se puso en pie y se escabulló.

—¡Inquisidores! —gritó el lord Legislador, poniéndose en pie—. ¡Venid a mí!

Vin gimió cuando la poderosa voz llenó de dolor sus oídos amplificados por el estaño.

Tengo que salir de aquí, pensó, tambaleándose. *He de idear un nuevo modo de matarlo...*

Kar la volvió a atrapar por atrás. Esta vez la rodeó por completo con los brazos y apretó. Vin gritó de dolor, avivó peltre y empujó hacia atrás, pero Kar la alzó en vilo. La agarró con destreza por el cuello con un brazo mientras le sujetaba los suyos a la espalda con el otro. Ella luchó con furia, debatiéndose y rebulléndose, pero la tenaza era fuerte. Trató de hacerlos caer a ambos con un súbito empujón de acero contra el picaporte de una puerta, pero el anclaje era demasiado débil y Kar apenas se tambaleó. Mantuvo su presa.

El lord Legislador se echó a reír mientras volvía a sentarse en su trono.

—Tendrás poco éxito contra Kar, niña. Fue soldado, hace muchos años. Sabe cómo sujetar a una persona para que no pueda soltarse, por fuerte que sea.

Vin continuó debatiéndose, jadeando en busca de aire. Las palabras del lord Legislador resultaron ser ciertas. Trató de darle un cabezazo a Kar, pero él estaba preparado. Oía junto a su oído su rápida respiración, casi... apasionada mientras la asfixiaba. En el reflejo de la ventana vio que la puerta que tenían detrás se abría. Otro inquisidor entró en la sala, sus clavos brillando en el espejo distorsionado, su túnica oscura agitándose.

Es el final, pensó Vin en un momento surrealista, contemplando las brumas que entraban por la ventana rota y se extendían por el suelo ante ella. Curiosamente no se enroscaron a su alrededor como solían hacer... Como si algo las mantuviera alejadas. Le pareció un epitafio a su derrota.

Lo siento, Kelsier. Te he fallado.

El segundo inquisidor se colocó junto a su compañero, tendió la mano y sacó algo de la espalda de Kar.

Vin cayó inmediatamente al suelo, jadeando. Rodó y se recuperó gracias al peltre.

Kar se cernía sobre ella, tambaleándose. Entonces se desplomó flácido a un lado. El segundo inquisidor se hallaba tras él sosteniendo lo que parecía ser un gran clavo de metal como los que los inquisidores tenían en los ojos.

Vin observó el cuerpo inmóvil de Kar. La parte trasera de su túnica estaba rasgada y dejaba al descubierto un agujero ensangrentado entre los omóplatos. Un agujero en el que cabía un clavo de metal. El rostro lleno de cicatrices de Kar estaba pálido. Sin vida.

¡Otro clavo!, pensó asombrada Vin. *El otro inquisidor se lo ha arrancado de la espalda a Kar y ha muerto. ¡Ese es el secreto!*

—¿Qué? —gritó el lord Legislador, incorporándose. El brusco

movimiento volcó el trono. El sillón de piedra cayó por los escalones, mellando y quebrando el mármol—. ¡Traición! ¡De uno de los míos!

El nuevo inquisidor corrió hacia el lord Legislador. Mientras lo hacía su capucha cayó hacia atrás, permitiendo a Vin ver su cabeza calva. Había algo familiar en el rostro del recién llegado a pesar de los clavos que asomaban por delante y de las horribles puntas que sobresalían de su cráneo. A pesar de la cabeza calva y la ropa extraña, el hombre se parecía un poco a Kelsier.

No, comprendió. A Kelsier no.

¡Marsh!

Marsh subió los escalones de dos en dos, moviéndose con la velocidad sobrenatural de los inquisidores. Vin se puso en pie sacudiéndose los efectos del estrangulamiento al que había sido sometida. Su sorpresa, sin embargo, era más difícil de disipar. Marsh estaba vivo.

Marsh era un inquisidor.

Los inquisidores no lo estaban investigando porque sospecharan de él. ¡Pretendían reclutarlo! Y ahora parecía dispuesto a enfrentarse al lord Legislador. ¡Tengo que ayudar! Tal vez... tal vez él conozca el secreto para matar al lord Legislador. ¡Después de todo, ha averiguado cómo matar a un inquisidor!

Marsh llegó a la tarima.

—¡Inquisidores! —gritó el lord Legislador—. ¡Venid a...!

El lord Legislador se quedó inmóvil porque vio algo en la puerta. En el suelo había un montón de clavos de acero como el que Marsh había arrancado de la espalda de Kar. Por lo visto eran siete.

Marsh sonrió y curiosamente su sonrisa parecía una de las de

Kelsier. Vin llegó al pie de la tarima y se empujó con una moneda, lanzándose hacia lo alto de la plataforma.

El horrible poder absoluto de la furia del lord Legislador la alcanzó a medio camino. La depresión, la asfixia de su alma se abrió paso a través de su cobre, golpeándola como una fuerza física. Avivó cobre, jadeando, pero no pudo apartar del todo al lord Legislador de sus emociones.

Marsh se tambaleó levemente y el lord Legislador descargó contra él un revés muy similar al que había matado a Kelsier. Por fortuna, Marsh se recuperó a tiempo para esquivarlo. Giró alrededor del lord Legislador y extendió el brazo para agarrar por detrás la negra túnica del emperador. Tiró, desgarrándola.

Marsh se detuvo. La expresión de sus ojos claveteados era ilegible. El lord Legislador se volvió, le dio un codazo en el estómago y lo lanzó al otro lado de la sala. Cuando se volvió, Vin pudo ver lo que había visto Marsh.

Nada. Una espalda normal, aunque musculosa. Al contrario que los inquisidores, el lord Legislador no tenía un clavo atravesándole la espina dorsal.

Ay, Marsh... pensó Vin, abatida. Había sido una idea inteligente, mucho más que su estúpido intento con el Undécimo metal. Sin embargo, había resultado igualmente inútil.

Marsh golpeó el suelo, su cabeza resonó y luego se deslizó hasta la pared del fondo y quedó inmóvil contra la enorme ventana.

—¡Marsh! —gritó Vin. Saltó y se empujó hacia él. Sin embargo, mientras volaba, el lord Legislador alzó la mano, ausente.

Vin sintió algo poderoso chocar contra ella. Pareció un empujón de acero contra los metales de su estómago, pero naturalmente eso

era imposible. Kelsier le había asegurado que ningún alomántico podía influir en los metales que estuvieran en el cuerpo de nadie.

Pero también había dicho que ningún alomántico era capaz de influir en las emociones de una persona que estuviera quemando cobre.

Las monedas arrojadas antes volaron por el suelo, alejándose del lord Legislador. Las puertas se soltaron de sus goznes, rompiéndose y apartándose de la sala. Increíblemente, incluso trozos de vidrio de colores temblaron y se alejaron de la tarima.

Y Vin fue arrojada a un lado mientras los metales de su estómago amenazaban con ser arrancados de su cuerpo. Chocó contra el suelo y el golpe estuvo a punto de dejarla inconsciente. Se quedó allí, aturdida, mareada, confusa, incapaz de pensar más que en una cosa.

Cuánto poder...

Las monedas sonaron cuando el lord Legislador bajó de su estrado. Se movió con lentitud, despojándose de su capa rota y su camisa, hasta quedar desnudo de cintura para arriba. Las joyas brillaban en sus dedos y muñecas. Vin advirtió que varios finos brazaletes perforaban la piel de sus antebrazos.

Astuto, pensó, esforzándose por ponerse en pie. Los lleva para impedir que empujen o tiren de él.

El lord Legislador sacudió apenado la cabeza y sus pasos abrieron estelas en la fría bruma que entraba por la ventana rota. Parecía muy joven, musculoso, hermoso de rostro. Vin sintió el poder de su alomancia quebrar sus emociones apenas protegidas por el cobre.

—¿Qué intentabas, niña? —preguntó tranquilamente el lord

Legislador—. ¿Derrotarme? ¿Soy acaso un inquisidor corriente, mis poderes, dones concedidos?

Vin avivó peltre. Luego se dio la vuelta y echó a correr con la intención de recoger a Marsh y atravesar el cristal de un salto.

Pero él ya estaba allí, moviéndose a tal velocidad que la furia de los vientos de un tornado habría parecido lenta. Ni siquiera avivando peltre al máximo logró Vin ganarle. Casi parecía indiferente cuando la agarró por el hombro y tiró hacia atrás.

La manejó como a una muñeca, arrojándola contra una de las enormes columnas de la sala. Vin buscó desesperadamente un ancla, pero él había expulsado todo el metal de la habitación. Excepto...

Tiró de uno de los brazaletes del lord Legislador, uno que no perforaba su piel. Él alzó inmediatamente el brazo, esquivando su tirón, haciéndola girar torpemente en el aire. La golpeó con otro de sus poderosos empujones, lanzándola de espaldas. Los metales de su estómago se retorcieron, el cristal se estremeció y el pendiente de su madre salió despedido de su oreja.

Trató de girar y golpear con los pies, pero chocó con la columna de piedra a una velocidad terrible y el peltre le falló. Oyó un crujido espantoso y una puñalada de dolor le recorrió la pierna derecha.

Se desplomó. No tuvo fuerzas para mirar, pero la agonía de su torso le decía que su pierna colgaba rota bajo su cuerpo, doblada en un ángulo imposible.

El lord Legislador sacudió la cabeza. No, supo Vin, no le preocupaba llevar joyas. Considerando sus habilidades y su fuerza, había que estar muy loco, como Vin, para tratar de usar las propias

joyas del lord Legislador como anclaje. Eso le había permitido controlar sus saltos.

Él dio un paso al frente, aplastando cristales rotos.

—¿Crees que esta es la primera vez que alguien intenta matarme, niña? He sobrevivido a incendios y decapitaciones. Me han apuñalado y cortado, aplastado y desmembrado. Incluso me desollaron una vez, casi al principio.

Se volvió hacia Marsh, sacudiendo la cabeza. Curiosamente, la primera impresión que el lord Legislador había causado a Vin regresó. Parecía... cansado. Incluso exhausto. No su cuerpo, que seguía siendo musculoso. Sino su... aire. Vin trató de ponerse en pie usando la columna de piedra para apoyarse.

—Yo soy Dios —dijo él.

Tan diferente del hombre humilde del libro.

—No se puede matar a *Dios*. No se puede derrocar a *Dios*. Tu rebelión... ¿crees que no la he visto antes? ¿Crees que no he destruido a ejércitos enteros yo solo? ¿Qué hace falta para que dejéis de dudar? ¿Cuántos siglos debo demostraros lo que soy antes de que los idiotas skaa veáis la verdad? ¿A cuántos he de matar?

Vin gritó cuando movió la pierna. Avivó peltre, pero los ojos se le llenaron de lágrimas de todas formas. Se estaba quedando sin metales. Su peltre se agotaría pronto y era imposible que se mantuviera consciente sin él. Se desplomó contra la columna mientras la alomancia del lord Legislador presionaba contra ella. La pierna le latía de dolor.

Es demasiado fuerte, pensó con desesperación. Tiene razón. Es Dios. ¿En qué estábamos pensando?

—¿Cómo te atreves? —preguntó el lord Legislador, agarrando con una mano enjorrocada el cuerpo flácido de Marsh, que gimió levemente intentando alzar la cabeza.

—¿Cómo te atreves? —repitió—. ¿Después de lo que os he dado? ¡Os hice superiores a los hombres corrientes! ¡Os hice dominantes!

Vin levantó la cabeza. A través de la bruma de dolor y desesperación algo disparó un recuerdo en su interior.

Sigue diciendo... sigue diciendo que los suyos deberían ser los dominantes...

Buscó en su interior, sintiendo su última reserva de Undécimo metal. Lo quemó, mirando a través de unos ojos cuajados de lágrimas cómo el lord Legislador alzaba en vilo a Marsh con una sola mano.

El yo-pasado del lord Legislador apareció junto a él. Un hombre con capa de piel y gruesas botas, un hombre con barba y fuertes músculos. No un aristócrata ni un tirano. No un héroe, ni siquiera un guerrero. Un hombre vestido para vivir en las frías montañas. Un pastor.

O, tal vez, un porteador.

—Rashek —susurró Vin.

El lord Legislador se volvió hacia ella, sorprendido.

—Rashek —repitió Vin—. Ese es tu nombre, ¿verdad? No eres el hombre que escribió el libro de viajes. No eres el héroe que fue enviado a proteger al pueblo... Eres su criado. El porteador que lo odiaba. —Calló un instante—. Tú... lo mataste —susurró—. ¡Eso es lo que sucedió aquella noche! ¡Por eso el libro termina tan bruscamente! Mataste al héroe y ocupaste su lugar. Entraste en la

caverna y reclamaste el poder para ti. Pero... en vez de salvar al mundo, te hiciste con el control.

—¡No sabes nada! —gritó él, todavía sosteniendo en una mano el cuerpo flácido de Marsh—. ¡No sabes nada de eso!

—Lo odiabas —dijo Vin—. Pensabas que un terrisano debería haber sido el héroe. No pudiste soportar el hecho de que él, un hombre del país que había oprimido al tuyo, estuviera haciendo realidad vuestras propias leyendas.

El lord Legislador alzó una mano y Vin sintió de pronto un peso imposible contra ella. Alomancia, empujando los metales de su estómago y su cuerpo, amenazando con aplastarla contra las columnas. Gritó, avivando sus restos de peltre, debatiéndose por permanecer consciente. Las brumas se enroscaban a su alrededor tras entrar por la ventana rota y extenderse por el suelo.

En el exterior, a través de la ventana rota, oyó algo resonando débilmente en el aire. Parecían... Parecían gritos. Gritos de alegría, miles a coro. Era casi como si la estuvieran vitoreando.

¿Qué importa?, pensó. Conozco el secreto del lord Legislador, pero ¿de qué sirve saber que era un porteador, un criado, un terrisano?

Un feruquimista.

Volvió a mirarlo y de nuevo, en su aturdimiento, vio el par de brazaletes que brillaban en los antebrazos del lord Legislador. Brazaletes de metal, brazaletes que perforaban la piel en algunos puntos. Para... para que no pudieran verse afectados por la alomancia. ¿Por qué hacer eso? Supuestamente que llevara metal era una bravata. No le preocupaba que la gente tirara o empujara de sus metales.

O eso era lo que decía. Pero ¿y si todos los otros metales que llevaba, los anillos, los brazaletes, la moda que había contagiado a la nobleza no fueran más que una simple distracción?

Una distracción para impedir que la gente se fijara en aquel par de brazaletes que se enroscaban alrededor de sus antebrazos. *¿Podía ser tan fácil?*, pensó mientras el peso del lord Legislador amenazaba con aplastarla.

Su peltre casi se había agotado. Apenas era capaz de pensar. Sin embargo, quemó hierro. El lord Legislador podía penetrar las nubes de cobre. Ella también. Eran iguales, en cierto modo. Si él podía influir en los metales que estaban dentro del cuerpo de una persona, entonces ella también.

Avivó hierro. Aparecieron líneas azules apuntando a los anillos y brazaletes del lord Legislador: a todos menos a los de sus antebrazos, los que le perforaban la piel.

Vin quemó hierro concentrándose, empujando tan fuerte como pudo. Mantuvo el peltre avivado, esforzándose por no ser aplastada y supo de algún modo que ya no respiraba. La fuerza que la atenazaba era demasiado terrible. No conseguía que su pecho subiera y bajara.

La bruma giraba a su alrededor bailando a causa de su alomancia. Se estaba muriendo. Lo sabía. Apenas notaba ya el dolor. Estaba siendo aplastada. Asfixiada.

Recurrió a las brumas.

Aparecieron dos nuevas líneas. Gritó, tirando con una fuerza para ella desconocida hasta entonces. Avivó su hierro más y más, mientras el propio empujón del lord Legislador le daba el asidero necesario para tirar de sus brazaletes. Furia, desesperación y

agonía se mezclaron en su interior. El tirón se convirtió en su único foco.

El peltre se agotó.

¡Mató a Kelsier!

Los brazaletes se soltaron. El lord Legislador dejó escapar un grito de dolor, un sonido débil y lejano a los oídos de Vin. El peso de repente la soltó. Vin cayó al suelo, jadeando, con la visión nublada. Los brazaletes ensangrentados golpearon el suelo, libres, y resbalaron por el mármol para aterrizar a su lado. Alzó la cabeza usando estaño para despejar su visión.

El lord Legislador estaba de pie en el mismo lugar que antes, con los ojos abiertos de terror, los brazos cubiertos de sangre. Dejó caer a Marsh al suelo y corrió hacia ella y los brazaletes que le habían sido arrancados. Sin embargo, con sus últimas fuerzas, sin peltre ya, Vin empujó los brazaletes lanzándolos más allá del lord Legislador, que se volvió horrorizado para ver cómo estos salían volando por el ventanal roto.

En la distancia, el sol asomó por el horizonte. Los brazaletes cayeron ante su luz roja y destellaron un momento antes de precipitarse a la ciudad.

—*¡No!* —gritó el lord Legislador, avanzando hacia la ventana.

Sus músculos se volvieron flácidos, desinflándose como habían hecho los de Sazed. Se giró hacia Vin, furioso, pero su cara ya no era la de un joven. Era de mediana edad y sus rasgos maduraban.

Dio un paso hacia la ventana. Su pelo encaneció y se le formaron arrugas alrededor de los ojos, como diminutas telarañas.

Su siguiente paso fue vacilante. Empezó a temblar bajo la carga de la vejez, con la espalda encorvada, la piel ajada, el pelo escaso.

Luego se desplomó.

Vin se echó hacia atrás, la mente nublada por el dolor. Se quedó allí tendida durante... un rato. No podía pensar.

—¡Señora! —dijo una voz. Sazed apareció a su lado, la frente perlada de sudor. Le vertió algo en la garganta y ella tragó.

Su cuerpo supo qué hacer. Avivó peltre por instinto, reforzándose. Avivó estaño y el súbito aumento de sensibilidad la despertó. Jadeó, mirando el rostro preocupado de Sazed.

—Cuidado, mi señora —dijo él, inspeccionando su pierna—. El hueso está roto, aunque parece que solo por un sitio.

—Marsh —dijo ella, agotada—. Atiende a Marsh.

—¿Marsh? —preguntó Sazed. Entonces vio al inquisidor que se agitaba levemente en el suelo.

—¡Por los Dioses Olvidados! —dijo Sazed, corriendo al lado del hombre, que gimió, sentándose. Se frotó el estómago con una mano.

—¿Qué... ha...?

Vin miró la forma ajada en el suelo, no muy lejos de él.

—Es él. El lord Legislador. Está muerto.

Sazed frunció el ceño con curiosidad y se puso en pie. Llevaba una túnica marrón y había traído una sencilla lanza de madera. Vin sacudió la cabeza al ver un arma tan pobre para enfrentarse a la criatura que casi los había matado a Marsh y a ella.

Naturalmente. En cierto modo todos éramos igualmente inútiles. Deberíamos estar muertos nosotros, no el lord Legislador.

Le he arrancado los brazaletes. ¿Por qué? ¿Por qué puedo hacer las cosas que él podía hacer?

¿Por qué soy diferente?

—Señora... —dijo Sazed lentamente—. No está muerto, creo. Sigue... todavía vivo.

—¿Qué?

Vin apenas podía pensar. Ya habría tiempo para resolver sus dudas más tarde. Sazed tenía razón: el envejecido cuerpo no estaba muerto. Se movía penosamente, de hecho, arrastrándose hacia la ventana rota por donde habían caído sus brazaletes.

Marsh se puso en pie a trompicones, rechazando las atenciones de Sazed.

—Sanaré rápido. Atiende a la muchacha.

—Ayúdame a levantarme —dijo Vin.

—Señora... —desaprobó Sazed.

—Por favor, Sazed.

Él suspiró y le tendió la lanza de madera.

—Toma, apóyate en esto.

Ella la tomó y el terrisano la ayudó a ponerse en pie.

Vin se apoyó en la lanza y avanzó cojeando con Marsh y Sazed hacia el lord Legislador, que había llegado arrastrándose al borde de la sala y contemplaba la ciudad por la ventana destrozada.

Los pasos de Vin resonaron sobre los cristales. La gente volvió a vitorear abajo, aunque ella no podía verla ni sabía por qué aplaudía.

—Escucha —dijo Sazed—. Escucha, tú que habrías sido nuestro dios. ¿Los oyes vitorear? Esos aplausos no son por ti: esta gente nunca te aplaudió. Han encontrado un nuevo líder esta noche, un nuevo orgullo.

—Mis... obligadores... —susurró el lord Legislador.

—Tus obligadores te olvidarán —dijo Marsh—. Yo me encargaré de eso. Los otros inquisidores han muerto por mi propia mano. Sin

embargo, los prelados congregados te han visto transferir el poder al Cantón de la Inquisición. Soy el único inquisidor que queda en Luthadel. Ahora soy yo el que gobierna tu Iglesia.

—No... —susurró el lord Legislador.

Marsh, Vin y Sazed se detuvieron y contemplaron al anciano. A la luz del amanecer, Vin vio una multitud ante un gran podio alzando sus armas en signo de respeto.

El lord Legislador contempló la masa y pareció comprender por fin su fracaso. Miró de nuevo al grupo que lo había derrotado.

—No lo comprendéis —gimió—. No sabéis lo que hago por la humanidad. Era vuestro dios, aunque no pudierais comprenderlo. Al matarme, os habéis condenado...

Vin miró a Marsh y Sazed. Lentamente, cada uno de ellos asintió.

El lord Legislador había empezado a toser y parecía envejecer aún más.

Vin se apoyó en Sazed, con la mandíbula apretada por el dolor de la pierna rota.

—Te traigo un mensaje de un amigo nuestro —dijo fríamente—. Quería que supieras que no ha muerto. No se le puede matar.

»Es la esperanza.

Entonces alzó la lanza y la clavó directamente en el corazón del lord Legislador.

Extrañamente, en ocasiones, siento paz interior. Se podría pensar que después de todo lo que he visto, después de todo lo que he sufrido, mi alma sería un amasijo de tensiones, confusión y melancolía. A menudo, así es.

Pero luego está la paz.

La siento a veces, como ahora, asomado sobre los acantilados congelados y las montañas de cristal en la quietud de la mañana, contemplando un amanecer tan majestuoso que sé que ningún otro será jamás su igual.

Si hay profecías, si existe un Héroe de las Eras, entonces mi mente susurra que debe de ser algo que dirige mi camino. Algo observa; algo se preocupa. Esos pacíficos susurros me dicen una verdad que deseo creer con todas mis fuerzas.

Si fracaso, otro vendrá a terminar mi labor.

Epílogo



—A la única conclusión a la que puedo llegar, maese Marsh —dijo Sazed—, es a que el lord Legislador era a la vez feruquimista y alomántico.

Vin frunció el ceño, sentada en la cima de un edificio vacío, cerca de un barrio skaa. Su pierna rota, cuidadosamente entablillada por Sazed, colgaba del tejado oscilando en el aire.

Había dormido casi todo el día, como al parecer había hecho Marsh, que estaba junto a ella. Sazed había transmitido un mensaje al resto de la banda, contándoles que Vin había sobrevivido. Apparentemente, no había habido ninguna baja entre los demás, cosa que alegró a Vin. Sin embargo, aún no había ido a verlos. Sazed le había dicho que necesitaba descansar y estaban muy ocupados preparando el nuevo gobierno de Elend.

—Feruquimista y alomántico —especuló Marsh.

Se había recuperado, en efecto, muy rápidamente. Aunque Vin todavía tenía magulladuras, fracturas y cortes debidos a la lucha, él parecía curado ya de sus costillas rotas. Se agachó, apoyó una mano en su rodilla y contempló la ciudad con clavos en vez de con ojos.

¿*Cómo ve?*, se preguntó Vin.

—Sí, maese Marsh —explicó Sazed—. Verás, la juventud es algo que los feruquimistas pueden almacenar. Es un proceso bastante inútil: para almacenar la capacidad de sentirte y parecer un año más joven, has de pasarte parte de la vida sintiéndote un año más viejo y con el aspecto de tenerlo. A menudo, los guardadores usan esa habilidad como disfraz, cambiando de edad para engañar a los otros y ocultarse. Aparte de eso, sin embargo, nadie le ha visto mucha utilidad.

»Sin embargo, si el feruquimista fuera *también* alomántico, podría quemar sus propios recursos de metal, liberando la energía interior multiplicada diez veces. Vin ya trató de quemar algunos de mis metales, pero no pudo acceder al poder. Sin embargo, si uno mismo pudiera crear el almacenamiento feruquímico y luego quemarlo para conseguir poder extra...

Marsh frunció el ceño.

—No te sigo, Sazed.

—Pido disculpas. Quizá sea difícil comprenderlo sin formación en teoría alomántica y feruquímica. A ver si me explico mejor. ¿Cuál es la principal diferencia entre la alomancia y la feruquimia?

—Con alomancia se obtiene el poder de los metales —contestó

Marsh—. La feruquimia extrae poder del propio cuerpo de la persona.

—Exactamente —dijo Sazed—. Así que lo que hacía el lord Legislador, supongo, era *combinar* esas dos habilidades. Usaba un atributo del que solo dispone la feruquimia, cambiar de edad, pero lo alimentaba con *alomancia*. Al quemar un depósito feruquímico que él mismo había creado, creaba un nuevo metal alomántico para sí mismo..., un metal que lo rejuvenecía cuando lo quemaba. Si mi suposición es correcta, habría conseguido un suministro ilimitado de juventud, pues extraía la mayor parte de su poder del metal en sí y no de su propio cuerpo. Todo lo que tenía que hacer era pasar un poco de tiempo envejecido para cargar el depósito feruquímico que quemar y con ello permanecer joven.

—Entonces, ¿solo con quemar esos depósitos lograba ser aún más joven que cuando empezó? —preguntó Marsh.

—Tendría que colocar ese exceso de juventud dentro de otro depósito feruquímico, creo —explicó Sazed—. Verás, la alomancia es muy espectacular: sus poderes generalmente se expresan con estallidos y llamaradas. El lord Legislador no habría querido tanta juventud de una sola vez, así que la almacenaría en un trozo de metal del que pudiera absorberla lentamente, manteniéndose joven.

—¿Los brazaletes?

—Sí, maese Marsh. Sin embargo, la feruquimia tiene sus pegas: gasta más que la cantidad proporcional a tu objetivo. Por ejemplo, la necesaria para ser cuatro veces más joven de la edad normal, en vez del doble. En el caso del lord Legislador, eso significaba que tenía que gastar más y más juventud para impedir envejecer. Cuando la señora Vin robó los brazaletes, envejeció de manera

increíblemente rápida porque su cuerpo intentaba regresar al estado de vejez en el que debería haber estado.

Vin contemplaba el Torreón de Venture sintiendo el frío viento del atardecer. Resplandecía de luz; no había pasado ni un solo día y Elend ya se había reunido con los líderes skaa y los nobles con el fin de redactar un código de leyes para su nueva nación.

Vin acarició su pendiente en silencio. Lo había encontrado en la sala del trono y había vuelto a colgárselo en el lóbulo lastimado en cuanto había empezado a sanar. No estaba segura de por qué lo conservaba. Tal vez porque era un enlace con Reen y con la madre que había intentado matarla. O tal vez tan solo porque era un recordatorio de cosas que no debería haber podido hacer.

Quedaba mucho que aprender sobre la alomancia. Durante mil años, la nobleza había confiado a pies juntillas en lo que decían el lord Legislador y los inquisidores. ¿Qué secretos habían guardado, qué metales habían mantenido ocultos?

—El lord Legislador —dijo por fin—. Él... solo usaba un truco para ser inmortal, entonces. Eso significa que en realidad no era ningún dios, ¿no? Solo tuvo suerte. Cualquiera que fuese a la vez alomántico y feruquimista podría haber hecho lo que él hizo.

—Eso parece, señora —respondió Sazed—. Tal vez por eso temía tanto a los guardadores. Cazaba y mataba a los feruquimistas porque sabía que la habilidad era hereditaria... igual que la alomancia. Si los linajes de Terris se hubiesen mezclado con los de la nobleza imperial el resultado bien podría haber sido una criatura capaz de desafiarlo.

—De ahí los programas reproductores —dijo Marsh.

Sazed asintió.

—Necesitaba asegurarse por completo de que no se permitía a los terrisanos mezclarse con el populacho, no fueran a pasar sus habilidades feruquímicas latentes.

Marsh sacudió la cabeza.

—Su propio pueblo. Hizo esas cosas horribles para impedir que le arrebataran el poder.

—Pero si los poderes del lord Legislador procedían de una mezcla de feruquimia y alomancia —preguntó Vin, frunciendo el ceño—, ¿qué sucedió en el Pozo de la Ascensión? ¿Cuál era el poder que tenía que encontrar el hombre que escribió el libro, fuera quien fuese?

—No lo sé, señora —respondió Sazed en voz baja.

—Tu explicación no lo aclara todo. —Vin sacudió la cabeza. No había hablado de sus propias extrañas habilidades, pero sí de lo que el lord Legislador había hecho en la sala del trono—. Era tan *poderoso*, Sazed. Pude sentir su alomancia. ¡Era capaz de empujar metales dentro de mi cuerpo! Tal vez podía aumentar su feruquimia quemando los depósitos almacenados, pero ¿cómo logró ser tan fuerte en alomancia?

Sazed suspiró.

—Me temo que la única persona que podría haber contestado a esas preguntas murió esta mañana.

Vin vaciló. El lord Legislador había ocultado secretos sobre la religión de Terris que el pueblo de Sazed había buscado durante siglos.

—Lo siento. Tal vez no debería haberlo matado.

Sazed negó con la cabeza.

—Su propia edad lo habría matado pronto de todas formas,

señora. Lo que hiciste estuvo bien. Así podré registrar que el lord Legislador cayó ante una de los skaa que había oprimido.

Vin se ruborizó.

—¿Registrar?

—Por supuesto. Sigo siendo un guardador. Debo transmitir esas cosas: historias, acontecimientos y verdades.

—No dirás... mucho de mí, ¿no?

Por algún motivo, la idea de que otras personas contaran historias sobre ella la hacía sentirse incómoda.

—Yo no me preocuparía demasiado, señora —dijo Sazed con una sonrisa—. Mis hermanos y yo estaremos muy ocupados, creo. Tenemos tanto que restaurar, tanto que contar al mundo... Dudo que los detalles sobre ti tengan que ser transmitidos con urgencia. Registraré lo que ha pasado, pero me lo guardaré para mí durante un tiempo, si lo deseas.

—Gracias —asintió Vin.

—Ese poder que el lord Legislador encontró en la cueva —especuló Marsh—, tal vez fuera la alomancia. Dijiste que no hay noticias de que existieran alománticos antes de la Ascensión.

—Es en efecto una posibilidad, maese Marsh. Hay muy pocas leyendas sobre los orígenes de la alomancia y casi todas reconocen que los primeros alománticos «aparecieron con las brumas».

Vin frunció el ceño. Siempre había creído que el título «nacido de la bruma» se debía a que los alománticos solían actuar por la noche. Nunca había considerado que pudiera haber una relación más directa.

La bruma reacciona a la alomancia. Gira cuando un alomántico

usa sus habilidades cerca. Y... ¿qué sentí al final? Fue como si extrajera algo de las brumas.

Fuera lo que fuese lo que había hecho, no habría podido repetirlo.

Marsh suspiró y asintió. Llevaba despierto solo unas horas, pero siempre parecía cansado. La cabeza le pesaba, como si los clavos hicieran sentir su presencia.

—¿Duelen, Marsh? —preguntó ella—. ¿Los clavos?

Él vaciló.

—Sí. Los once... laten. El dolor reacciona de algún modo a mis emociones.

—¿Once? —preguntó Vin, sorprendida.

Marsh asintió.

—Dos en la cabeza, ocho en el pecho, uno en la espalda para unirlos. Es la única forma de matar a un inquisidor: hay que separar los clavos superiores de los inferiores. Kell lo hizo por medio de una decapitación, pero es más fácil arrancando el clavo central.

—Creíamos que habías muerto. Cuando encontramos el cadáver y la sangre en la comisaría...

Marsh asintió de nuevo.

—Iba a notificaros que estaba vivo, pero me vigilaron con mucha atención ese primer día. No esperaba que Kell fuera a actuar tan rápido.

—Ninguno de nosotros lo esperaba, maese Marsh —dijo Sazed—. Ninguno de nosotros.

—Lo logró, ¿no? —dijo Marsh, sacudiendo la cabeza, asombrado—. Ese hijo de perra. Hay dos cosas que nunca le perdonaré. La primera es que me robara mi sueño de derrocar al Imperio Final y lo consiguiera.

Vin vaciló.

—¿Y la segunda?

Marsh volvió los clavos hacia ella.

—Que se hiciera matar para conseguirlo.

—¿Puedo preguntar, maese Marsh, de quién era el cadáver que la señora Vin y maese Kelsier descubrieron en la comisaría?

Marsh contempló la ciudad.

—En realidad había varios cadáveres. El proceso para crear a un nuevo inquisidor es... sangriento. Prefiero no hablar de ello.

—Naturalmente —dijo Sazed, inclinando la cabeza.

—Tú, sin embargo, podrías hablarme de esa criatura que Kelsier utilizó para imitar a lord Renoux.

—¿El kandra? —preguntó Sazed—. Me temo que incluso los guardadores sabemos poco de ellos. Están relacionados con los espectros de la bruma..., tal vez incluso sean las mismas criaturas, pero más viejas. A causa de su reputación, generalmente prefieren no ser vistos... aunque algunas de las casas nobles los contratan en ocasiones.

Vin frunció el ceño.

—Entonces... ¿por qué Kell no hizo que ese kandra lo suplantase y muriera en su lugar?

—Ah —dijo Sazed—. Verás, señora, para que un kandra interprete a alguien, primero debe devorar la carne de esa persona y absorber sus huesos. Los kandra son como los espectros de la bruma: no tienen esqueleto propio.

Vin se estremeció.

—Oh.

—Ha vuelto, ¿sabes? —dijo Marsh—. La criatura ya no usa el

cuerpo de mi hermano. Tiene otro. Pero ha venido a buscarte, Vin.

—¿A mí?

Marsh asintió.

—Dijo algo de que Kelsier te había transferido su contrato cuando murió. Creo que la bestia te considera ahora su ama.

Vin se estremeció. *Esa... cosa se comió el cuerpo de Kelsier.*

—No lo quiero cerca —dijo—. Le ordenaré que se marche.

—No te apresures tanto, señora —dijo Sazed—. Los kandra son sirvientes caros: hay que pagarles en atium. Si Kelsier hizo un contrato para bastante tiempo con uno, sería una tontería malgastar sus servicios. Un kandra podría ser un aliado muy útil en los meses venideros.

Vin negó con la cabeza.

—No me importa. No lo quiero cerca. No después de lo que hizo.

Los tres guardaron silencio. Finalmente, Marsh se puso en pie, suspirando.

—Si me disculpáis, tengo que personarme en la fortaleza... El nuevo rey quiere que represente al Ministerio en sus negociaciones.

Vin frunció el ceño.

—No comprendo por qué el Ministerio se merece tomar parte en nada.

—Los obligadores siguen siendo muy poderosos, señora —dijo Sazed—. Y son la fuerza burocrática más eficaz y bien entrenada del Imperio Final. Su Majestad demostraría sabiduría si intentara atraerlos, y reconocer a maese Marsh contribuiría a conseguirlo.

Marsh se encogió de hombros.

—Naturalmente, suponiendo que pueda establecer el control sobre el Cantón de la Ortodoxia, el Ministerio debería... cambiar

durante los próximos años. Actuaré despacio y con cuidado, pero cuando termine, los obligadores ni siquiera se darán cuenta de lo que han perdido. Sin embargo, los otros inquisidores podrían suponer un problema.

Vin asintió.

—¿Cuántos hay fuera de Luthadel?

—No lo sé. No fui miembro de la orden demasiado tiempo antes de destruirla. Sin embargo, el Imperio Final era grande. Muchos hablan de que había unos veinte inquisidores, pero nunca he logrado que nadie me diera un número exacto.

Vin asintió mientras Marsh se marchaba. No obstante, los inquisidores, aunque peligrosos, la preocupaban menos puesto que ya conocía su secreto. Le preocupaba más otra cosa.

No sabéis lo que hago por la humanidad. Era vuestro dios, aunque no pudierais comprenderlo. Al matarme, os habéis condenado...

Las últimas palabras del lord Legislador. Ella había supuesto que hablaba del Imperio Final al referirse a aquello que hacía «por la humanidad». Sin embargo, ya no estaba tan segura. Había... miedo en sus ojos cuando pronunciaba esas palabras, no orgullo.

—Sazed —dijo—. ¿Qué era la Profundidad? Eso que el Héroe del libro tenía que derrotar.

—Ojalá lo supiéramos, mi señora.

—Pero no vino, ¿no?

—Aparentemente, no. Las leyendas coinciden en que, si la Profundidad no hubiera sido detenida, el mundo habría sido destruido. Por supuesto, tal vez las historias sean exageradas. Quizás el peligro de la Profundidad fuese solo el lord Legislador

mismo... Tal vez la lucha del Héroe no consistiera más que en un dilema ético. Debía elegir entre dominar el mundo o dejarlo ser libre.

Eso no le encajaba a Vin. Había más. Recordó el miedo en los ojos del lord Legislador. El terror.

Dijo «hago», no «hice». «Lo que hago por la humanidad.» Eso implica que seguía haciéndolo, fuera lo que fuese.

Os habéis condenado...

Se estremeció con el aire de la tarde. El sol se ponía, lo que permitía ver aún más fácilmente el Torreón de Venture iluminado: el lugar que Elend había elegido como sede provisional, aunque tal vez se trasladara a Kredik Shaw. No lo había decidido todavía.

—Deberías ir con él, mi señora —dijo Sazed—. Necesita ver que estás bien.

Vin no respondió inmediatamente. Contempló la ciudad, la brillante torre iluminada en el cielo cada vez más oscuro.

—¿Estuviste allí, Sazed? —preguntó—. ¿Escuchaste su discurso?

—Sí, señora. Cuando descubrimos que no había ningún atium en ese tesoro, lord Venture insistió en que fuéramos a buscar ayuda para ti. Estuve de acuerdo con él: ninguno de nosotros éramos guerreros y yo aún no tenía mis depósitos feruquímicos.

No había atium, pensó Vin. Después de todo esto, no hemos encontrado ni pizca. ¿Qué hacía con él el lord Legislador? ¿O... alguien llegó primero?

—Cuando maese Elend y yo encontramos al ejército —continuó Sazed—, sus rebeldes estaban matando a los soldados de palacio. Algunos intentaban rendirse, pero nuestros soldados no los dejaban. Fue una escena... preocupante, mi señora. A tu Elend... no le gustó

lo que vio. Cuando se plantó ante los skaa, creí que iban a matarlo también. —Calló y ladeó ligeramente la cabeza—. Pero... las cosas que dijo, mi señora... Sus sueños de un nuevo gobierno, su condena del baño de sangre y el caos... Bueno, señora, me temo que no puedo repetirlo. Ojalá hubiera tenido mis mentes de metal para poder memorizar sus palabras exactas. —Suspiró, sacudiendo la cabeza—. De todas formas, creo que maese Brisa ayudó a calmar el tumulto. Cuando un grupo empezó a escuchar a maese Elend, los demás lo hicieron también y, a partir de ese momento... bien, es buena cosa que un noble haya acabado siendo rey, creo. Maese Elend da cierta legitimidad a nuestra toma de poder y creo que veremos más apoyo por parte de la nobleza y los mercaderes con él a la cabeza.

Vin sonrió.

—Kell se enfadaría con nosotros, ¿sabes? Hizo todo este trabajo y al final ponemos a un noble en el trono.

Sazed sacudió la cabeza.

—Ah, pero hay algo más importante que considerar, creo. No solo hemos puesto a un noble en el trono: hemos puesto *a un buen hombre*.

—Un buen hombre —dijo Vin—. Sí. He conocido a unos cuantos.

Vin estaba arrodillada en la azotea del Torreón de Venture, rodeada de brumas. Su pierna entablillada le dificultaba los movimientos de noche, pero la mayor parte del esfuerzo que hacía era alomántico. Solo tenía que asegurarse de aterrizar con suavidad.

Había caído la noche y las brumas la envolvían. La protegían, la ocultaban, le daban poder...

Elend Venture estaba sentado a su escritorio, bajo una claraboya que todavía no había sido reparada desde que Vin lanzara un cuerpo a través de ella. No la veía agazapada allí arriba. ¿Quién hubiese podido hacerlo? ¿Quién veía a una nacida de la bruma en su elemento? Ella era, en cierto modo, como una de las imágenes-sombra creadas por el Undécimo metal. Incorpórea. Algo que *podría* haber sido.

Podría haber sido...

Los acontecimientos del día eran muy difíciles de entender; Vin no había intentado siquiera encontrar sentido a sus emociones, que eran un embrollo mucho más grande. No se había acercado a Elend todavía. No había podido hacerlo.

Lo miró, sentado a la luz de la linterna, leyendo y anotando en su librito. Sus reuniones anteriores al parecer habían salido bien: todo el mundo parecía dispuesto a aceptarlo como rey. Marsh susurraba que, sin embargo, detrás del apoyo había política. La nobleza veía a Elend como una marioneta que podría controlar y ya se creaban facciones entre los líderes skaa.

A pesar de todo, Elend tenía por fin una oportunidad para esbozar el código de leyes con el que siempre había soñado. Podía intentar crear la nación perfecta, tratar de aplicar las teorías filosóficas que había estudiado durante tanto tiempo. Habría baches en el camino, y Vin sospechaba que al final tendría que contentarse con algo mucho más realista que su sueño idealista. Eso no importaba, en realidad. Sería un buen rey.

Naturalmente, comparado con el lord Legislador, un montón de

hollín sería un buen rey...

Quería ir con Elend, saltar a la cálida habitación, pero... algo la retenía. Había pasado por demasiados quiebros de fortuna recientes, demasiadas tensiones emocionales, alománticas y no alománticas. No estaba segura de que quisiera más; no estaba segura de ser Vin o Valette, ni de cuál de las dos deseaba ser.

Sentía frío en las brumas, en la silenciosa oscuridad. Las brumas daban poder, protegían y ocultaban... incluso cuando en realidad no quería ninguna de las tres cosas.

No puedo hacer esto. Esa persona que estaría con él no soy yo. Eso era una ilusión, un sueño. Soy la niña que creció en las sombras, la niña que debería estar sola. No me merezco esto.

No me lo merezco a él.

Se había terminado. Como había previsto, todo estaba cambiando. En realidad, nunca había sido una noble muy buena. Había llegado la hora de volver a ser aquello en lo que era buena. Un ser de sombras, no de fiestas y bailes.

Era el momento de irse.

Se volvió para marcharse, ignorando sus lágrimas, frustrada consigo misma. Caminó con los hombros hundidos, cojeando por el tejado metálico, y desapareció en la bruma.

Pero entonces...

Él murió prometiéndonos que habías muerto de hambre hacía años.

Con todo el caos, casi había olvidado lo que el inquisidor había dicho de Reen. Sin embargo, el recuerdo la hizo detenerse. Las nieblas la adelantaron, enroscándose, instándola a seguir.

Reen no la había abandonado. Lo habían capturado los

inquisidores que la estaban buscando a ella, la hija ilegítima de su enemigo. Lo habían torturado.

Y había muerto protegiéndola.

Reen no me traicionó. Siempre prometió que lo haría, pero al final, no lo hizo. Distaba mucho de ser un hermano perfecto, pero la había amado de todas formas.

Un susurro en el fondo de su mente habló con la voz de Reen.

Vuelve.

Antes de que pudiera convencerse a sí misma de lo contrario, cojeó de regreso a la claraboya rota y lanzó una moneda al suelo.

Elend se volvió curioso, miró la moneda, ladeó la cabeza. Vin se dejó caer un segundo más tarde, empujándose para detener la caída, aterrizando apoyándose en su pierna buena.

—Elend Venture —empezó a hablar, irguiéndose—. Hay algo que quería decirte desde hace tiempo. —Hizo una pausa, parpadeando para espantar las lágrimas—. Lees demasiado. Sobre todo en presencia de las damas.

Él sonrió, echó la silla hacia atrás y la rodeó con un firme abrazo. Vin cerró los ojos, sintiendo el calor de ser abrazada, sin más.









Y comprendió que eso era lo que siempre había anhelado.

ARS ARCANUM

Pueden hallarse anotaciones, en inglés, del autor sobre cada uno de los capítulos de este libro junto a escenas eliminadas y más información detallada sobre el mundo en el que ocurre el relato en www.brandonsanderson.com.



GUÍA RÁPIDA SOBRE LA ALOMANCIA

METAL	EFECTO	TÍTULO BRUMOSO	
	Hierro	Tira de metales cercanos	Atraedor
	Acero	Empuja metales cercanos	Lanzamonedas
	Estaño	Amplía los sentidos	Ojo de estaño
	Peltre	Amplía las habilidades físicas	Brazo de peltre, /violento
	Cinc	Aplaca emociones	Aplacador
	Latón	Enciende emociones	Encendedor
	Cobre	Oculto la alomancia	Ahumador
	Bronce	Descubre la alomancia	Buscador

(Nota: los metales externos aparecen en redonda. los metales que empujan, en negrita.)

ÍNDICE ALFABÉTICO ALOMÁNTICO

ACERO (METAL DE EMPUJE FÍSICO EXTERNO) La persona que quema acero puede ver líneas azules transparentes que apuntan a fuentes cercanas de metal. El tamaño y el brillo de la línea dependen del tamaño y la proximidad de la fuente de metal. Se ven todo tipo de metales, no solo las fuentes de acero. El alomántico puede entonces empujar mentalmente esas líneas para apartar de sí esa fuente de metal. El brumoso que puede quemar acero es conocido como lanzamonedas.

AHUMADOR Brumoso que puede quemar cobre.

APLACADOR Brumoso que puede quemar cinc.

ATRAEDOR Brumoso que puede quemar hierro.

BRAZO DE PELTRE Brumoso que puede quemar peltre.

BRONCE (METAL DE EMPUJE MENTAL INTERNO) La persona que quema bronce siente si las personas cercanas utilizan la alomancia. Los alománticos que queman metales cerca desprenden «pulsos alománticos», algo parecido a tamborileos, audibles solo por una persona que quema bronce. El brumoso que quema bronce es conocido como buscador.

BUSCADOR Brumoso que puede quemar bronce.

CINC (METAL DE TIRÓN MENTAL EXTERNO) La persona que quema cinc puede aplacar las emociones de otras personas, refrenándolas y haciendo que algunas en concreto sean menos intensas. Un alomántico cuidadoso puede aplacar todas las emociones menos una, logrando esencialmente que la otra persona sienta exactamente lo que él desea. Sin embargo, el cinc no permite que el alomántico lea la mente. El brumoso que quema cinc es conocido como aplacador.

COBRE (METAL DE TIRÓN MENTAL INTERNO) La persona que quema cobre desprende una nube invisible que protege a todo el que esté dentro del alcance de los sentidos de un buscador. Mientras está en el interior de una de esas «nubes de cobre», un alomántico puede quemar cualquier metal que quiera y sin temor a que nadie sienta sus pulsos alománticos quemando bronce. Como efecto secundario, la persona que quema cobre es inmune a cualquier forma de alomancia emocional (aplacar o encender). El brumoso que quema cobre es conocido como ahumador.

ENCENDEDOR Brumoso que puede quemar latón.

ESTAÑO (METAL DE TIRÓN FÍSICO INTERNO) La persona que aviva estaño amplía sus sentidos. Puede ver más lejos y oler mejor, y su sentido del tacto se vuelve más fino. Esto le permite penetrar las brumas y ver mucho más lejos en la noche de lo que le permitirían sus

sentidos sin amplificar. El brumoso que puede quemar estaño es conocido como ojo de estaño.

HIERRO (METAL DE TIRÓN FÍSICO EXTERNO) La persona que quema hierro ve líneas azules translúcidas que apuntan a fuentes cercanas de metal. El tamaño y el brillo de la línea dependen del tamaño y la proximidad de la fuente de metal. Se ven todo tipo de metales, no solo las fuentes de hierro. El alomántico puede entonces tirar mentalmente de una de esas líneas para atraer hacia sí esa fuente de metal. El brumoso que puede quemar hierro es conocido como atraedor.

LANZAMONEDAS Brumoso que puede quemar acero.

LATÓN (METAL DE EMPUJE MENTAL EXTERNO) La persona que quema latón es capaz de encender las emociones de otra persona, inflamándolas y haciendo que algunas en concreto sean más intensas. No puede leer las mentes. El brumoso que quema latón es conocido como encendedor.

OJO DE ESTAÑO Brumoso que puede quemar estaño.

PELTRE (METAL DE EMPUJE FÍSICO INTERNO) La persona que quema peltre aumenta los atributos físicos de su cuerpo. Se vuelve más fuerte, más tenaz y más diestro. El peltre también incrementa el sentido del equilibrio del cuerpo y la habilidad para recuperarse de las heridas. Los brumosos que pueden quemar peltre son conocidos como brazos de peltre o violentos.

VIOLENTO Brumoso que puede quemar peltre.

***El imperio final* inicia la saga «Nacidos de la Bruma [Mistborn]», obra imprescindible del Cosmere, el universo destinado a dar forma a la serie más extensa y fascinante jamás escrita en el ámbito de la fantasía épica.**



Durante mil años han caído las cenizas y nada florece. Durante mil años los skaa han sido esclavizados y viven sumidos en un miedo inevitable. Durante mil años el Lord Legislador reina con un poder absoluto gracias al terror, a sus poderes y a su inmortalidad. Le ayudan «obligadores» e «inquisidores», junto a la poderosa magia de la alomancia. Pero los nobles a menudo han tenido trato sexual con jóvenes skaa y, aunque la ley lo prohíbe, algunos de sus bastardos han sobrevivido y heredado los poderes alománticos: son los «nacidos de la bruma» (mistborn).

Ahora, Kelsier, el «superviviente», el único que ha logrado huir de los Pozos de Hathsín, ha encontrado a Vin, una pobre chica skaa con mucha suerte... Tal vez los dos, unidos a la rebelión que los skaa intentan desde hace mil años, logren cambiar el mundo y la atroz dominación del Lord Legislador.

Desde 2006, y en solo diez años, Brandon Sanderson se ha consolidado como el gran renovador de la fantasía del siglo XXI y el autor del género más prolífico del mundo. Ha logrado

ganarse a ocho millones de lectores, ser publicado en treinta países y convertirse en el heredero de todo un género.

«Sanderson es un escritor brillante.»

Patrick Rothfuss

«El renovador de la fantasía, el gran reinventor de la magia.»

Ricard Ruiz Garzón, Els Matins de TV3

«Sanderson es una bomba a punto de explotar.»

Ernest Alós, El Periódico de Catalunya

«Si te gusta la literatura fantástica, lee a Brandon Sanderson.»

Chicote

«Hace tiempo que George R.R. Martin tiene heredero.»

Javier Blánquez, El Mundo

Brandon Sanderson creció en Lincoln, Nebraska. Vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young. Su primera novela publicada, *Elantris* (Nova, 2006), fue recibida por el público y la crítica como una interesantísima renovación del género de la fantasía. También ha publicado una brillante trilogía: «Nacidos de la Bruma (Mistborn)», formada por *El imperio final* (Nova, 2008), *El pozo de la ascensión* (Nova, 2009) y *El héroe de las eras* (Nova, 2010), junto con la precuela, *Aleación de Ley* (Nova, 2012), donde asienta las bases de su imaginario alomántico en un mundo de bruma y cenizas.

Tras *El aliento de los dioses* (Nova, 2012), una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, Sanderson inició con *El camino de los reyes* la primera parte de una magna y descomunal decalogía, El Archivo de las Tormentas, de la que *Palabras radiantes* es la segunda parte. Los últimos títulos publicados por Nova son su aclamada novela *Steelheart*, primer libro de la Trilogía Reckoner, *Infinity Blade* (La espada infinita): *Redención* y *El Rithmatista*.